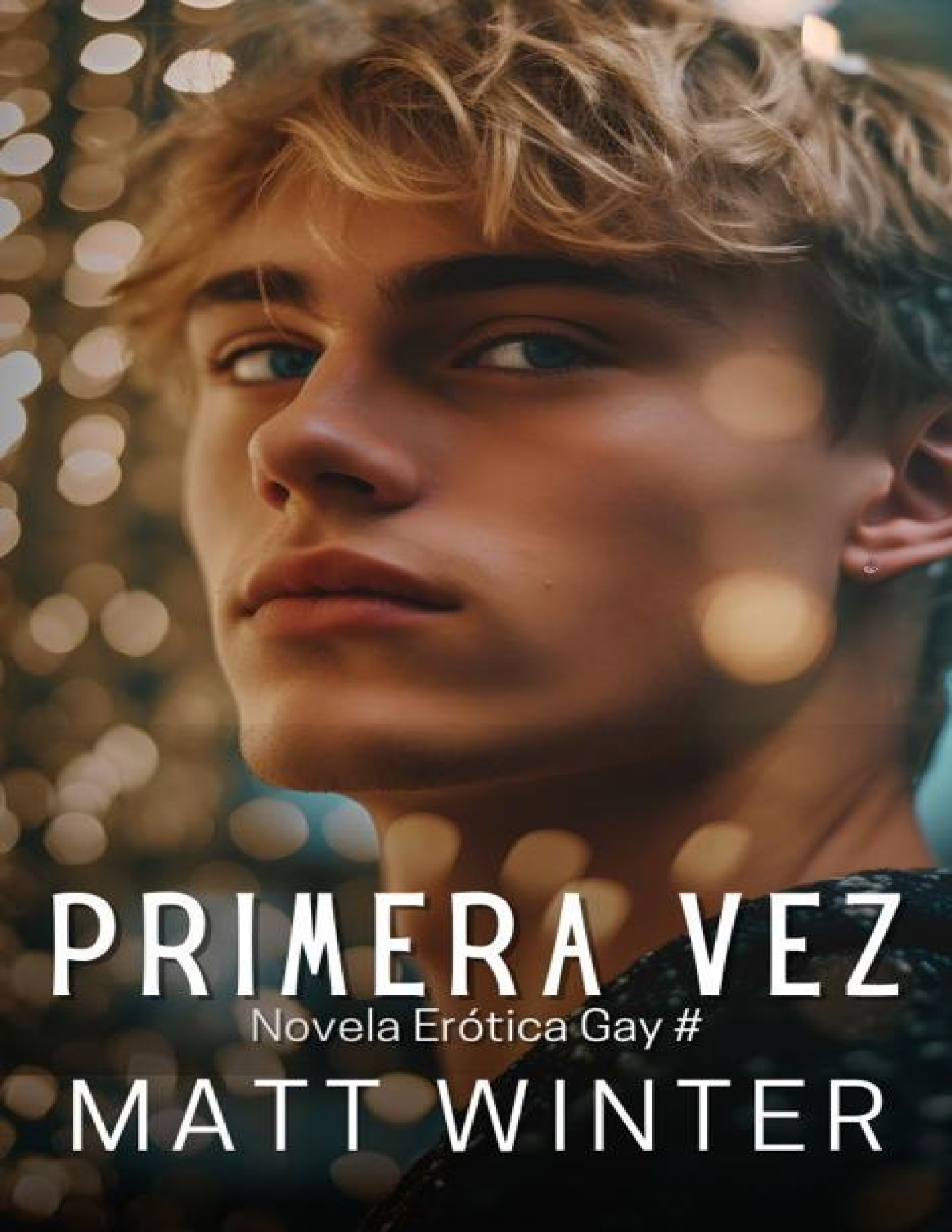

PRIMERA VEZ
Novela Erótica Gay #
MATT WINTER

PRIMERA VEZ

Matt Winter

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

ADVERTENCIA: este libro contiene situaciones y lenguaje adulto, además de escenas sexualmente explícitas, que podrían ser consideradas ofensivas para algunos lectores. La venta de este libro es solo para adultos. Por favor, asegúrese de que este libro está archivado en un lugar al que no puedan acceder lectores menores de edad.

Título: *Primera vez*

Copyright © 2023 – *Matt Winter*
Primera edición, noviembre 2023
Instagram: @mattwinter_author

Gracias por comprar esta novela.

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
OTRAS NOVELAS DE LA SERIE

CAPÍTULO 1

Ricky

Hace frío, y nada me hace entrar tan bien en calor como un poco de sexo, pero esa es una de las desventajas de vivir en una autocaravana, de atravesar montañas y valles en solitario, tú solo con el entorno, que cuando la naturaleza humana hace de las suyas provocando que te levantes con una erección que te llega al pecho, no haya nadie con quien desahogarse.

En estos casos sé lo que tengo que hacer. Suelo estacionar mi casa móvil a las afueras de los poblados, en un sitio con agua dulce suficiente, sombra o protección para la lluvia y el viento, en caso de que aparezcan, y lo suficientemente apartada como para no ser molestado ni molestar a los demás: en efecto, ¡el lugar idóneo para hacer *cruising*!

La mayoría de las veces solo tengo que ponerme algo cómodo y dar un paseo por el bosque, y en esta ocasión es lo que hago.

Me adentro entre los árboles, buscando lugares que no queden a la vista pero que a la vez sean accesibles, y no tardo demasiado en encontrar a un tipo que parece interesante.

Cuarentón, por lo que me saca casi veinte años, con buena forma física, y ese brillo en los ojos que habla de ganas. No es guapo, pero sí atractivo y la barba espesa y negra le da un aire fiero que me gusta.

Posiblemente esté casado y tenga hijos casi de mi edad. Posiblemente le haya dicho a su mujer que va a buscar leña, o a ver cómo está el ganado, o… pero está aquí, buscando lo mismo que yo.

El frío arrecia y yo no tengo tiempo que perder, así que no me ando con rodeos. Me acerco, él permanece inmóvil, quizá preguntándose cuáles son mis intenciones, y quién debe dar el primer paso.

En las zonas rurales no sucede como en las grandes ciudades. Aquí todo el mundo se anda con cuidado porque tú puedes ser el primo de un amigo, o el marido de una clienta. En estas zonas es donde se dan las situaciones más morbosas porque la tensión erótica se estira tanto, hay que estar tan seguro, localizar tantas claves, que puedes estar comiéndote a un tío con los ojos y rozándote cada vez que puedes durante días antes de dar el primer paso.

Pero yo hoy no estoy para eso. Necesito que me coman la polla, y que lo hagan ya, así que me detengo a un par de metros, me bajo la capucha de la sudadera para que me vea el rostro, lo miro a los ojos y, tirando despacio del elástico del pantalón de deporte, dejo al descubierto mi nabo, que se despereza en el aire ligeramente húmeda y rotundamente gruesa.

El tipo no se lo espera y veo cómo abre la boca. Me la mira con cara de hambre, vuelve a mis ojos y otra vez a mi polla, y cuando yo me recuesto sobre el tronco de un árbol y coloco las manos tras la cabeza, él ya sabe lo que tiene que hacer.

Cuando viene hacia mí veo la forma de su verga dura bajo la pana de su pantalón. Creo que tiene las mismas ganas que yo y cuando se hinca de rodillas delante de mí sé que lo va a hacer bien.

No es delicado, tampoco lo pretende, porque se la mete en la boca sin pensarlo y se atora en la garganta al no haber controlado el tamaño del trasto que pretende comerse.

No siempre es bueno tener un nabo como el mío. Muchos tíos se han echado para atrás cuando he intentado… ya sabes, y eso que les he asegurado que sé cómo lograr que se dilaten lo

necesario.

Hoy no tengo tiempo para eso. Me duelen los huevos por el semen contenido, y necesito que alguien me lo extraiga con una buena felación.

Un poco más calmado, el desconocido empieza de verdad a trabajármela, dando largos lametazos, ahondando con la lengua en la boca del glande y masajeándome los huevos que antes ha mordisqueado con verdadera pericia.

Se ha sacado la polla y se está masturbando mientras me la come. Eso me excita, aunque no me ofrezco a ayudarlo porque veo que se basta solo.

Al fin parece que ha cogido el ritmo, y se la mete hasta la garganta, bien empapada de saliva, para sacarla casi entera y volver a tragársela. Así una y otra vez.

He de reconocer que me gusta cómo me lo hace y en un momento dado le tomo la cabeza con ambas manos y dirijo la velocidad que necesito, moviendo a la vez las caderas para alcanzar la profundidad que me gusta.

Él acelera y yo también. Se le escapa un gemido y a mí otro.

Cuando se detiene miro hacia abajo y veo cómo le sale el chorro de lefa, borboteando entre los dedos, espesa y blanca, para caer sobre la hojarasca y dejar un manchurrón espeso pero delicioso.

Yo le sujeto la cabeza con firmeza y utilizo su boca para masturbarme, mientras él se deja hacer y los últimos estertores del orgasmo lo paralizan.

Me corro en varios caños de leche fluida y olorosa que van directos a su garganta, llenan sus mejillas y se derraman por la comisura de sus labios.

Como siempre, cierro los ojos al sentir cómo me atraviesa el orgasmo, cómo se me desentumecen los músculos y de qué manera mi espíritu parece liberarse.

Es asombroso, delicioso y perfecto.

Mi amante, mientras tanto, no solo se lo traga todo, sino que recoge con el dedo lo que ha quedado en su barba y lo chupa con autentica devoción.

Cuando ambos terminamos, nos recolocamos la ropa. Él mirando alrededor por si algún parroquiano ha visto algo. Yo solo me subo el pantalón del chándal y vuelvo a colocarme la capucha de la sudadera.

Sé las normas no escritas pero idénticas en todos los lugares que he visitado con mi caravana: nos separamos sin hablar, sin despedirnos, cada uno por un lado, como si nada de esto hubiera pasado. Y si por casualidad nos encontráramos en el pueblo alguna vez, cuando yo me acerque a por víveres, haremos como si no nos conociéramos y como si por unos minutos no hubiéramos tenido la máxima intimidad que se puede tener con otro ser humano.

Pero en esa ocasión eso no pasará, porque hoy es mi último día aquí.

Me voy al sur. Estoy cansado de frio.

A un lugar tranquilo, sereno, donde no haya hombres guapos que me entretengan y yo pueda dedicar tiempo a pensar en qué diablos será de mi vida.

CAPÍTULO 2

Joshua

Dos meses después.

La señora Atkinson pide la palabra y nuestro pastor se la da porque sabe que de lo contrario soltará sapos y culebras.

Desde donde nos sentamos Judith y yo la vemos avanzar renqueante, apoyándose en los respaldos de las sillas ocupadas hasta llegar a la tribuna. Agarra el micrófono como si se tratara de un flotador tras un naufragio.

—Lo han visto bañarse en el río como su madre lo trajo al mundo —grita y los altavoces hacen un acople raro.

A nuestro alrededor se escucha un murmullo de incredulidad, un «Ohhhh» que ejemplifica las serias dudas de los miembros de la congregación con respecto a que alguien pueda hacer algo así en un lugar público, y también las de que nuestra vecina esté tan bien informada.

—¿Crees que será cierto? —me dice mi novia, Judith, bajando la voz y acercándose a mi oído.

Yo le sonrío. Llevamos juntos toda la vida, si con dieciocho se puede decir eso. Es la hija de mis vecinos y mi amiga de la infancia. Tenemos planes, muchos planes, entre ellos casarnos y tener muchos hijos que se criarán en nuestro pueblo, bajo las creencias de nuestra comunidad y nuestra fe.

—Claro que no —le contesto, aunque en verdad no estoy convencido del todo—. ¿Quién se va a exponer a que alguien lo vea desnudo?

Hoy ha sido convocada una reunión de urgencia para todos los miembros de nuestra congregación. Nuestros antepasados llegaron aquí hace ciento treinta años huyendo de la vida pecaminosa en que había caído la sociedad. Desde entonces somos meticulosos con quiénes se acercan a nosotros.

Judith y yo somos miembros de la congregación desde el mismo día en que el pastor Philip nos bautizó, como el resto de habitantes de la localidad, y el asunto que ha provocado un encuentro tan urgente tiene que ver con algo que ha sucedido hace una semana.

—También dicen —continúa la señora Atkinson tras hacer una pausa para mirar a cada uno de los vecinos a los ojos—, que lo han visto pasear sin camiseta, y con unos pantalones tan cortos que apenas le cubrían las rodillas.

Los miembros de nuestra congregación intercambian miradas entre unos a otros. En el pueblo se dicen muchas cosas de los que viven ahí fuera, como que visten de manera indecente, que tienen vicios que soy incapaz de transcribir y que su moralidad está tan arruinada que ninguno se salvará el día del Rapto.

—Señora Atkinson —dice el Sheriff—, yo me he acercado a echar una ojeada y no me ha parecido tan terrible.

Ella lo señala con un dedo muy recto.

—Porque los pecadores no ven su pecado en los demás.

—Querida hermana —tercia el pastor Philip, que sabe que el excesivo ardor religioso de su feligresa puede causar problemas—, la llegada de nuestro joven visitante es cierto que nos ha alterado, pero todo indica que su estancia en nuestras tierras será corta, así que no debemos preocuparnos.

Una mano tímida y muy pálida se alza entre la multitud.

—Con su permiso.

El pastor la busca hasta encontrarla. Es la dueña del único establecimiento de víveres y mercancías que hay en el pueblo, pues la mayoría de los parroquianos somos autosuficientes en casi todo.

—Hable, señora Lemos —la conmina.

Ella se pone de pie y se ajusta la toca. No le gusta hablar en público, no le gusta destacar, pero parece que esta vez tiene algo importante que decir.

—Ayer estuvo en la tienda comprando provisiones.

—¿Y se las vendió? —la acusa de inmediato la señora Atkinson—. Debió echarlo a la calle.

—No vi razón alguna para hacerlo —se defiende, y parece al borde del llanto—. Me parece un joven agradable y educado, y su atuendo en nada contravenía la decencia.

Nuestro pastor está a punto de perder la paciencia. No está acostumbrado a estos desmanes en un rebaño pacífico y amansado donde los pecados más graves son haber faltado al sermón del domingo por alguna enfermedad.

—¿Quería decirnos algo? —intercede, alzando la voz para acallarlas a ambas.

Ella se ajusta el chal, aparta la mirada lastimera de su enemiga y mira en ambas direcciones para que todos la oigamos.

—Nuestro visitante me insinuó que estaba muy a gusto aquí y que se planteaba firmemente quedarse.

Un nuevo «Ohhhh» recorre las filas de sillas. Es como si una bomba hubiera caído sobre el edificio de la iglesia. ¿Desde cuándo no tenemos nuevos miembros en nuestra comunidad? Creo recordar que mi padre me dijo que la última persona que llegó al poblado para quedarse fue el señor Perkins y eso sucedió en 1976. Y en el caso de Perkins juega en su favor que provenía de otra congregación de nuestra misma fe.

—¿Crees que hará lo que dice la señora Lemos? —me dice Judith un tanto preocupada—. Nosotros somos gente sencilla. Alguien de ciudad no puede encontrar aliciente aquí.

No tengo la respuesta, pero le sonrío para tranquilizarla.

—Escuchemos lo que tenga que añadir el pastor.

Nuestro guía espiritual ha invitado a la señora Atkinson a abandonar la tribuna y ahora la ocupa él. Su imponente figura provoca que todo murmullo se apacigüe, por lo que, cuando habla, su voz suena cristalina.

—Si lo que dice nuestra querida hermana es cierto, eso lo cambia todo. Un contacto prolongado con esas relajadas costumbres de los extraños puede hacer que nos volvamos descuidados en el ejercicio de nuestra fe.

—Y se baña desnudo —repite la desubicada desde su asiento—. Yo misma lo he visto.

Otro de los aldeanos levanta la mano, pero habla sin que le den la palabra.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Seguro que nuestro Sheriff —se dirige directamente a él, que está de pie tras la última

fila—, lo va a invitar amablemente a marcharse.

Todas las cabezas se vuelven hacia él, y por un momento veo cómo se le crispa la mirada.

—Con su permiso —carraspea e intenta explicarse, con cincuenta pares de ojos diseccionándolo—. Ese joven no incumple ninguna norma. Yo podría amedrentarlo, pero si quiere quedarse puede hacerlo sin problema alguno.

—¿Y esa caravana? —dice otro de los vecinos—. Es un trasto infecto, insalubre. Seguro que está prohibida.

—He comprobado que tiene los permisos de circulación en regla —contesta nuestro Sheriff—, y la zona donde ha acampado no está afectada por el Parque Nacional ni es terreno privado, así que puede estar allí tanto como desee.

La señora Atkinson no va a dar su brazo a torcer tan fácilmente, así que se pone de pie y mira alrededor.

—No si le hacemos la vida tan imposible que no tenga ganas de quedarse —exclama—, y eso incluye dejar de venderle víveres.

De nuevo un murmullo de voces que asiente o disienten. Nos ha caído un problema y tenemos que solucionarlo, de eso no hay dudas.

—Sería una desgracia que se quedara —me dice Judith, muy afectada—. Cuando tengamos hijos no quiero que tengan ese tipo de malas influencias.

Es hora de hacer algo.

—No te preocupes —le palmeo el antebrazo, aunque sea un tanto atrevido hacerlo en público—. Iré a echar una ojeada. Seguramente todo son exageraciones.

CAPÍTULO 3

Ricky

Lleva un cuarto de hora observándome y empieza a ponerme nervioso.

Lo he oído antes de verlo. Vivir solo, rodeado de naturaleza, aguza ese sentido: una rama que cruje, el sonido de las hojas secas al ser pisada, el aspaviento de los pájaros emprendiendo el vuelo cuando se les molesta.

Solo he tenido que mirar con disimulo y he vislumbrado la sombra de alguien que se ha parapetado detrás de unos arbustos, y donde pretende pasar desapercibido

El lugar donde he aparcado la caravana es paradisiaco. Sí, sé que estoy en mitad de la nada, en medio de uno de los estados más despoblados del país, pero las montañas casi se pueden acariciar, el río tiene aguas cristalinas y el poblado que hay a cinco o seis millas es tranquilo y apacible, a pesar de que sus habitantes parecen sacados de un cuadro de Vermeer del siglo XVII.

De nuevo el sonido de hojas secas pisoteadas, lo que indica que la persona que me espía ha cambiado de posición.

No es el primero, desde luego. Parece que a esa extraña comunidad que habita estas tierras les resulto curioso, o al menos suficientemente interesante como para venir hasta aquí a ver qué hago.

Hace tiempo que decidí hacer lo que me viniera en ganas, y quien quiera verlo, que apechugue.

Me acomodo en la hamaca que he colgado entre dos árboles, pero no aparto el sombrero de paja con el que me oculto el rostro.

El sol es delicioso, por lo que me he quitado la camiseta para cargarme de vitaminas y solo llevo puesto un ancho pantalón de lino, sin nada debajo.

Mordisqueando una ramita de hierba, intento aparentar que estoy adormilado mientras cuento hasta tres: uno, dos y…

Salgo disparado en dirección al arbusto, y consigo coger a mi espía desprevenido, a quien no le ha dado tiempo a marcharse.

Las ramas se abren, otras se rompen, y la figura oscura y yo rodamos por el suelo, entrelazados, dando tumbos por la pequeña ladera que baja al río.

Cuando al fin nos detiene el tronco de un árbol, consigo inmovilizarlo con mi cuerpo mientras él forcejea, pues se trata de un hombre, y como soy más fuerte le sujeto las muñecas y le subo los brazos, apretándolos contra el suelo, para así dejarlo a mi Mercer.

—¡Qué coño quieres! —le grito, y al fin logro centrarme en su rostro sorprendido que me mira muy cercade mi cara, muy cerca de mi boca.

Reconozco que nada más verlo una ligera cosquilla se me encaja en los riñones y baja hasta mis huevos.

Es un chaval joven, quizás más que yo, de cabello rubio y ojos oscuros, amparados bajo unas tupidas cejas negras. Inmediatamente mis pupilas se van hacia sus labios, que se muestran sorprendidamente entreabiertos y jugosos, con el borde remarcado y las comisuras húmedas.

Me entran unas incontrolables ganas de besarlo, pero, por supuesto no lo hago. ¿Cómo besará? Aunque de inmediato aparto aquella jodida idea. Es uno de esos tipos del pueblo que visten como en otros tiempos y no enseñan más allá de las muñecas y los tobillos.

—So-solo daba un paseo —tartamudea.

Mi cuerpo está completamente pegado al suyo y siento el calor que desprende su intimidad al apretarse contra la mía. Eso me provoca una incipiente erección, por lo que me aparto antes de que se dé cuenta. Me pongo de pie y le tiendo la mano para ayudarle a incorporarse.

—Ricky. ¿Y tú?

Él se limpia la tierra del pantalón. Es ancho y de tela áspera, así como su camisa parece de un tejido que araña, de un color blanco sucio y abrochada hasta arriba.

—Joshua.

Lo miro de arriba abajo. No solo es guapo, sino que parece que bajo esa ropa hay un buen cuerpo, quizá algo enjuto, pero modelado por el trabajo en los campos de cultivo que he visto que rodean cada casa.

Me paso la lengua por la boca. ¿Se me nota demasiado que hace tiempo que no follo? Algo habrá que hacer, así que señalo con el mentón mi caravana.

—¿Una cerveza? Las tengo heladas.

—No tomo alcohol.

—También tengo refrescos de cola.

Sonríe. Bajo aquellos labios carnosos hay unos dientes blanquísimos, y mi polla vuelve a palpitar dentro de mis pantalones, lo que es visible desde donde él está.

—Un vaso de agua será suficiente.

Le doy la espalda y me encamino a casa. Entro de un salto en la caravana y busco una lata en la nevera y un vaso limpio a la vez que echo un par de ojeadas a través de la ventana.

Joshua está allí parado, con las manos colgando a ambos lados, mientras mira alrededor. Me da su perfil, por lo que veo que tiene un culo estupendo, de nalgas redondas y definidas. Decido centrarme para que, cuando salga, no me llegue el nabo a la boca.

Unos minutos después le tiendo su agua, y cuando la toma nuestros dedos se rozan. Me quedo mirándolos. A pesar de su aspecto delicado, tiene dedos largos y gruesos, y manos callosas a causa del trabajo duro. Tengo que tragar saliva.

—¿Eres del pueblo?

Se pasa una mano por el rubio flequillo, intentando apartárselo, pero no causa efecto.

—Sí, llevo toda mi vida aquí.

—¿Eso quiere decir que nunca has salido?

Noto que se sonroja, y por un momento aparta la mirada hacia el camino, como si quisiera marcharse.

—Ahí fuera… bueno, nos gusta quedarnos en casa.

Aprovecho que no me mira para observarlo. El recio pantalón no oculta un abultado paquete, y la camisa ancha deja entrever la forma de unos pectorales que deben ser una delicia. Me paso una mano por la boca porque me estoy dando cuenta de cómo de necesitado estoy de un hombre.

Cuando me mira de nuevo siento algo extraño en la espalda, como un escalofrío, por lo que tengo que apartar los ojos y doy una palmada al aire.

—¿Te apetece algo de comer?

—Estoy bien.

Ahora es él quien me mira. Ha bajado hasta mi pecho peludo y creo que mi barba le gusta. Tengo la sensación de que allí donde se clavan sus ojos mi piel responde, porque un cosquilleo le acompaña. Ahora son los abdominales, y ahora… ¡Vaya, por un momento me ha mirado la polla!

Se ruboriza de nuevo y aparta la pupilas. Sospecho que, en su religión, sea la que sea, esto de ir descubierto debe ser una especie de pecado mortal. Le pido disculpas.

—Cuando estoy solo suelo ponerme cómodo —explico mientras me señalo el torso desnudo—, y no esperaba visita, pero si quieres me cubro.

—Así está bien —sus mejillas aún más adorablemente ruborizadas. Se vuelve hasta el hueco que dejan ver los árboles—. Desde aquí tienes las mejores vistas de las montañas.

—Por eso me quedé. Anduve por el camino hasta encontrar el lugar exacto.

Se hace el silencio entre los dos. Mi corazón late con fuerza, pero sé que no es otra cosa que la lujuria. Él parece comprenderlo, se limpia las palmas de las manos con el pantalón y da un paso hacia atrás.

—He de irme.

Antes de que empiece la retirada, alzo una mano en su dirección, pero no llego a tocarlo.

—¿Puedo invitarte algún día? No sé… quizá podamos comer juntos. Cocino bien. Estoy un poco solo, ¿sabes?

La confusión se apodera de su rostro y me encanta la manera en que se fruncen sus cejas.

—Yo no…

—Aquí no conozco a nadie —insisto—. No me vendría mal un amigo.

Lo veo dudar. Mira hacia el camino y después hacia mí. Se vuelve a limpiar las manos con el pantalón.

—Quizá pase otro día.

Se me escapa un suspiro de alivio.

—Avísame —le sonrío y busco mi móvil para pasarle el contacto—, no vaya a ser que me encuentres en bolas o algo peor.

No capta la broma.

—No tengo teléfono.

Así que la secta en la que vive no solo parece vivir en el siglo XVII, sino que rehúyen de la tecnología como si así fuera. Amplio la sonrisa. En cierto modo sé que me estoy metiendo en un lío.

—Bueno, en ese caso, simplemente pásate.

Él asiente y señala el camino.

—Nos vemos.

—Nos vemos —le contesto, y me quedo mirándolo mientras desaparece entre los árboles, y yo comprendo que tengo unas ganas enormes de follarme a Joshua.

CAPÍTULO 4

Joshua

Cuando regreso a casa mi madre me dice que el pastor Philip quiere verme, y me dirijo a la iglesia antes siquiera de hacer las abluciones para el almuerzo.

Por el camino la imagen de Ricky, el chico que ha estacionado la caravana junto al río, no sale de mi cabeza. Es bien parecido y parece muy amable.

Nunca antes he visto otro cuerpo desnudo que no sea el mío, y a diferencia de mi torso lampiño, el de él está cubierto por una ligera capa de vello oscuro, que se densifica entre los pectorales, poderosos y marcados, y se ajusta en su vientre plano y firme hasta desaparecer convertido en un cordón oscuro, bajo el elástico del pantalón. Me ha resultado tan extraño que apenas he podido dejar de mirarlo mientras me hablaba, como si aquella diferencia tuviera un maléfico poder sobre mí.

Trago saliva sin explicación alguna y siento un escozor desconocido entre los muslos, en la parte alta, justo donde terminan de llamarse así.

Tomo una bocanada de aire fresco antes de entrar en la iglesia, porque estar junto al forastero me ha causado turbación, y cuando accedo encuentro que el pastor no está solo, Judith está arrodillada a su lado, rezando, mientras él lee las Sagradas Escrituras.

—¿Has podido verle? —me dice nuestro guía espiritual en cuanto me descubre.

Asiento.

—Y he hablado con él.

—¡Joshua! —Judith abandona sus plegarias. Parece realmente asustada—. ¿No habrá sido demasiado arriesgado?

—Es un joven amable —intento calmarla— y no me ha dado la impresión de que sea problemático.

Ella se lleva las manos al corazón.

—El demonio adquiere múltiples facetas para engañarnos.

—¿Habéis mantenido, entonces —dice el pastor Philips, ajeno a los cuidados de mi novia —, una conversación?

Vuelvo a asentir. Ella es quien debe de haberle advertido porque en principio iba a ser algo entre nosotros dos. Pero su bondad le impide guardarse nada que pueda ser reprobatorio.

—Nada trascendente —les aclaro—. Me ha invitado a un vaso de agua y me ha dicho que pase otra vez cuando quiera.

—¡Ni se te ocurra! —sí, mi novia está muy asustada—. Ya te has expuesto demasiado.

El bueno del pastor alza una mano, comprensivo, y su sonrisa logra que Judith se calme, al menos de momento.

—Quizá no sea una mala idea —me dice el religioso, con un brillo de complicidad en sus ojos—. Es posible que nos convenga el hecho de que vayas a verlo de nuevo.

—¡Pastor Philip! —vuelve Judith a la carga, excesivamente preocupada—, ¿No estará su alma en peligro?

—No nos vendría mal alguien cerca de él —nos explica el religioso, con aquella sonrisa beatífica con que lo hace todo—. Así conoceremos sus movimientos antes de que los lleve a cabo.

Yo asiento.

—Es una buena idea.

—No estoy convencida.

—No pasará nada —la tomo de la mano, pero la suelto al instante porque es indecoroso hacerlo en un lugar sagrado—. Confía en mí. ¿Vienes a comer? —intento apartar aquellas ideas de su cabeza—. Mi madre ha preparado coles.

Ella lo duda. Mamá la quiere como a una hija y se alegrará de servirle un buen plato.

—Quiero terminar mis oraciones —dice ella al fin—. Nos vemos esta tarde.

Eso es todo. Nuestro pastor vuelve a sus lecturas y Judith junta las manos y agacha la cabeza para continuar con sus oraciones.

Salgo de la iglesia tan sigiloso como he entrado y me dirijo a mi casa, que es la última del pueblo, junto al camino del robledal. Durante todo el trayecto la imagen de Ricky no sale de mi cabeza. Sus labios tampoco.

Los tiene gruesos, húmedos y con una hendidura muy marcada en el centro. Me pregunto qué tacto tendrán, a qué sabrán.

Un escalofrío me recorre la espalda a la vez que algo caliente se me aloja entre las piernas y me vuelve dura una parte de mi anatomía que sé que no debo tocar.

Vuelvo a tragar saliva, porque sé que si no acallo estos envites me torturarán durante horas, días quizás, hasta que una noche se produzca la polución, amanezca con la vergüenza de las sábanas manchadas y me entregue a las oraciones para acallar la culpa.

Antes de llegar a casa me desvío y la rodeo hasta entrar en el establo. Paso de largo la zona del ganado y dejo atrás los caballos de labranza hasta la parte más oculta, donde mi padre amontona el heno y algunas herramientas de trabajo.

Nadie viene aquí a esta hora por lo que tengo la intimidad que necesito.

Me acomodo sobre el montón de heno, medio tumbado, y trasteo con el nudo que ata mis pantalones.

El pulso me golpea en las sienes. Sé que tocarse ofende a Dios, pero no quiero cargar con la vergüenza de tener que lavar mis sábanas delante de todos.

Al fin me los bajo hasta las rodillas, dejando al descubierto mi intimidad, que está mucho más grande de lo que esperaba. La acaricio suavemente y esta reacciona palpitando a la vez que un espasmo de placer me recorre la espalda.

Me humedezco los labios, me escupo en la mano y cierro los ojos, a la vez que cierro mis dedos sobre mi verga, que apenas pueden abarcar, y empiezo a masajearla de arriba abajo.

La imagen de Ricky vuelve a visitarme, aunque esta vez está tumbado sobre un lecho de sábanas blancas y tiene el desnudo torso al aire y los ojos tan cerrados como yo.

Me imagino cómo debe ser acariciar esa pelambrera que cubre su pecho y se dispara en sus axilas. Cómo debe ser tocar ese vientre duro y firme, bien marcado, como cincelado en roca.

Acelero el movimiento y con la otra mano me atrevo a masajearme los testículos, que cuelgan pesados hasta rozar el heno. En mi imaginación Ricky hace lo mismo, y mete las manos bajo las sábanas a la vez que comienza con mis mismos espasmos, la misma manera de moverse mientras se masturba como estoy haciendo yo.

Se me escapa un gemido de los labios porque la imagen es tan real, tan excitante, que casi puedo oler el aroma que desprende esa parte de su cuerpo, casi puedo quemarme con la

temperatura que debe estar alcanzando su piel.

Lo siento tan cerca, tan próximo que es como si estuviéramos codo con codo, al lado uno del otro, dándonos placer a nosotros mismos.

En mi imaginación, sin esperarlo, él alarga una mano y toma mi miembro para sustituir el masaje incesante y cada vez más acelerado que me estoy proporcionando.

Me escandalizo, pero es tanto el gozo, los espasmos son tan seguidos, que aprieto los labios y los ojos y lo dejo hacer en mi imaginación

Cuando una mancha lechosa aparece en la sábana que cubre la parte inferior del cuerpo de Ricky, sé que ha terminado. Él exhala un gemido que me pone los vellos de punta y la mancha crece, y crece, untuosa, mientras desprende un aroma que conozco bien de cuando amanezco manchado.

Es entonces cuando no puedo más y el chorro potente de lefa cálida sale disparado, llegándome hasta el mentón.

Son varias arcadas, seguidas e intensas, cada una de ellas acompañada de un gemido incontrolable y de una corriente de placer tan penetrante que no recuerdo haberla sentido antes.

Cuando termino, agotado, abro los ojos y miro al cielo.

Esto no debe de haber pasado. Tocarse es pecado.

Quizá Judith tenga razón y el demonio toma formas caprichosas para que quebrantemos la ley de Dios.

CAPÍTULO 5

Ricky

Veo al bombón de ojos oscuros y cabello rubio subir el camino en dirección a mi caravana y mentiría si no dijera que un cosquilleo me recorre la espalda: me gusta, y mucho.

Me calzo las chanclas y me pongo sobre el torno desnudo la camisa blanca que había dejado colgada de una rama, y que ni me molesto en abrochar. Sé que su religión, sea cual sea, es un tanto remilgada con respecto a mostrar el cuerpo, pero esto es a lo máximo a lo que puedo llegar. Así, en pantalones cortos, voy a su encuentro.

Se acerca a grandes zancadas, y noto que tiene las mejillas encendidas, quizá por el esfuerzo, aunque me empeño en creer que es porque le gusto. Lleva una camisa similar a la del otro día y pantalones idénticos con el mismo calzado recio y poco adecuado para pasear por una zona llena de desniveles.

Cuando estoy a su lado no puedo evitar sonreírle, porque el cabello le cubre media rostro y le da un aspecto muy apetitoso.

—Me alegro de hayas decidido volver.

Creo que se ruboriza aún más. Se encoge de hombros y señala a algún punto a su espalda.

—Pasaba cerca —después señala mis bártulos dispuestos a orillas del río—. ¿Qué haces?

—Pescar —le informo—. Si consigo cazar a alguno suficientemente grande hoy será mi cena.

Parece sorprendido por mi caña, que es de segunda mano y tiene demasiados años. Avanza hasta la orilla y yo detrás. La observa como si se tratara de un artilugio que ha caído desde el espacio.

—Algunos hombres del pueblo lo hacen, aunque nunca en esta zona —señala en la dirección opuesta por la que ha venido—. Más abajo, en el embalse, dicen que es más fácil.

—¿Lo has hecho alguna vez?

Mi frase no tiene mala intención, pero cuando termino de pronunciarla me doy cuenta de que puede encerrar un doble significado. Lo miro a los ojos. Con menos que eso he echado en el pasado un buen polvo. Él traga saliva y los aparta. Sospecho que ha entendido lo mismo que yo, pero cuando los alza de nuevo para clavarlos en los míos dejo de estar seguro.

—Nunca —hace una pausa—, pero me encantaría.

Dentro de mi bragueta mi vieja amiga palpita y se muere de ganas, tantas como yo, que soy ahora el que traga saliva.

Nos quedamos callados un instante. Es extraño, porque nunca me faltan las palabras. Al final tengo una idea y desajusto la caña que tenía atorada entre algunas ramas recias, para tendérsela.

—Ven, ponte aquí y sujeta la caña.

Él obedece, con un brillo luminoso en los ojos. Me aparecen esas ganas de besarlo, pero me retengo. La coge mal y yo me coloco tras él, pasando ambos brazos alrededor de su cuerpo para tomar la caña con ambas manos unos centímetros por encima de donde él la sujeta.

—Así no —le digo al oído desde atrás, con mi cuerpo medio pegado al suyo—, así.

Él asiente, y mi polla se agita de nuevo. Temo que la haya sentido, porque solo tengo que mover un poco las caderas para que esta impacte entre sus nalgas, pero como no dice nada al respecto, me tranquilizo.

Huele muy bien. No es algo químico, como la mayoría de nosotros, sino a plantas, a tierra, a hombre. Me doy cuenta de que es un aroma que me excita, y trago saliva, tan cerca de su oído de puede haberme escuchado,

Casi lo estoy abrazando, ambos con las manos alrededor de la caña, y me pregunto qué pasará si doy un paso más. Quizá pueda besarle esta erótica curva del cuello, o proyectar las caderas hacia delante para que sienta lo que tengo aquí abajo, o…

Su voz me saca de estas ideas.

—¿Qué hay que hacer ahora?

«Comernos las pollas y decidir quién le da a quién», pienso, pero no lo digo.

—Aguardar —consigo articular—. O podemos fijarla en una rama y entretenernos con alguna otra cosa.

Él sonríe. Le sale algo nervioso. ¿Es tan inocente como creo o me está vacilando y no soy capaz de darme cuenta? Me acerco un poco más. Su aroma se expande y me inunda. Me doy cuenta de que la tengo dura y de que es posible que él la esté sintiendo. Tengo ganas de besarlo, de comérmelo, de lamerlo. Le hablo en voz baja, muy cerca del oído. Tanto que mis labios lo rozan y noto cómo él se estremece.

—¿Qué se te ocurre que hagamos ahora? —me pregunta.

«Joder, follarte». Pero tampoco lo verbalizo, sino que termino de pegarme a su espalda, de sentir el calor que desprende su cuerpo cuando nos rozamos, y abro las piernas para abarcar sus mulos.

—Prefiero no decirlo —le digo tras humedecerme los labios—. Al menos por ahora.

Es entonces cuando él se gira y me mira a los ojos. En ellos debe de estar viendo el fuego que me está corroyendo, y no debe de haberle pasado inadvertido el tamaño que ha alcanzado mi polla cuando se la he rozado, de la misma manera que ha debido sentir mi calor contra su piel. Pero simplemente parpadea, me tiende la caña y se aparta.

—Solo pasaba para saludarte —otra vez señala el jodido camino—. No quiero volver tarde a casa.

La voz que sale de mi garganta tiene mucho de súplica.

—No te vayas.

—Mis padres me esperan.

—¿Cuándo volverás?

Ahora es él quien traga saliva.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí —me apresuro—. Mañana. Cena conmigo.

Veo como duda.

—El bosque no es seguro de noche.

—Te puedes quedar a dormir.

He ido demasiado lejos y temo que se eche para atrás.

—Eso no es posible. —dice al fin— Pero nos veremos mañana.

Sé que no debo insistir. A este chico hay que trabajarlo poco a poco, y aun así no estoy muy seguro de que pueda llevarlo a donde pretendo.

Soy yo ahora quien da un par de pasos hacia atrás.

—Te espero. No faltes.

Y él se va, y en cuanto lo pierdo de vista, apenas tardo un instante en desabrocharme el pantalón y bajarme los *slips*. La polla me palpita cuando queda liberada, gorda y densa, y tan ansiosa como yo.

Me escupo en la mano derecha una buena cantidad de saliva, y la sujeto firme por la base. Con la izquierda también empapada abarco lo que queda del fuste, y aun así me queda fuera la cabeza circuncidada.

De esa forma, con las dos manos, me hago una paja pensando en Joshua, en lo que haría con él si lo tuviera aquí delante, y no tardo en correrme, un caño espeso de lefa fresca que traza un arco y cae en las aguas del río seguida de mi gemido, dejando una mancha densa y lechosa que se lleva la corriente.

CAPÍTULO 6

Joshua

He meditado mucho sobre la conveniencia o no de volver a ver a Ricky, sobre todo después de haberme dado impuro placer pensando en él. Ricky. Es un nombre extraño, como él, y con unas costumbres que no termino de entender.

Se ha impuesto la cordura, que no es otra que el consejo del nuestro buen pastor de que me acerque a él para descubrir cuáles son sus intenciones.

Siguiendo sus indicaciones he hablado con Judith y le he explicado mi intención de acercarme hasta el río al atardecer para hablar con el forastero. Ella se ha preocupado, pero ha comprendido, como yo mismo, que nos debemos a nuestros hermanos y que sacrificarse a estar en contacto con alguien impuro puede ser un bien para nuestra comunidad. Juntos hemos rezado, y cuando he partido con un trozo de queso hecho por mí en el morral, me ha bendecido y me ha dado un beso tierno y casto que he agradecido con un abrazo.

Estoy nervioso mientras atravieso el bosque, cuando hasta ahora sumergirme en la espesura me ha llenado de calma.

Cuando me acerco a la caravana tengo que sonreír. Ricky ha colgado algunas bombillas entre los árboles y ha plantado una mesa en el claro cubierta con un mantel de colores. También ha puesto algunas flores en una botella vacía y platos dispares que le dan un aire divertido.

—¡Hola! —me grita cuando me descubre, agitando la mano—. Creía que no vendrías.

Lleva una camisa blanca de un tejido muy fino que le sienta bien, y pantalones largos, al fin, atados a la cintura por un cordón. Va descalzo, por supuesto. Otra cosa sería pedir demasiado. Tengo la impresión de que ha intentado peinarse, pero le ha quedado algo simpático que la brisa del atardecer se empeña en desbaratar.

—Está bonito —le digo, consiguiendo apartar la mirada de sus ojos.

Avanzo y rodeo la mesa. Él parece expectante, como si necesitara mi aprobación.

—¿Te gusta? —me dice, y yo le tiendo el queso, que mira como si se tratara de una enorme pepita de oro —. ¡Vaya! ¿Sabes que es lo que más me gusta del mundo? Bueno, casi lo que más.

Me guiña un ojo y yo me sonrojo hasta apartar la mirada.

—Lo he hecho yo —aunque me arrepiento de inmediato de decirlo, pues es pecado de vanidad.

—Entonces estará riquísimo —me invita a sentarme en una de las sillas y él ocupa la de enfrente. Nuestras rodillas se rozan un instante y siento un escalofrío extraño atravesándome la espalda—. ¿Vino?

Consigo disimularlo, pero creo que él se ha dado cuenta.

—Solo agua —respondo.

—¿Cómo es que ya lo esperaba? Sírvete. No quiero que se enfríe la pizza.

Cuando destapa la caja cuadrada que hay en el centro de la mesa, aparece una torta aplastada y recubierta de hortalizas y trozos de carne. Me sirve un trozo y me indica que lo coma con las manos. Cuando lo pruebo tengo que decir que está riquísimo, y me lo ventilo más deprisa

de lo que debiera.

El río refleja la luz de la luna y se ha vuelto plateado. Charlamos de esto y de aquello, de la pesca y de cómo sembramos cada año un cultivo diferente para no agotar la tierra. Él me mira casi todo el tiempo, de una forma que no molesta pero que parece ir más allá de las pupilas. Tanto que a veces tengo que apartar la mirada porque creo que lee mi alma.

—¿Te dedicas a algo aparte de viajar? —le pregunto en algún momento.

Se encoge de hombros.

—A veces pinto, a veces tallo alguna figura, otras escribo algún poema, y consigo venderlos.

La respuesta me resulta enigmática.

—¿No tienes familia? —intento no parecer escandalizado—. ¿Ni una casa?

Alarga la mano y se sirve otra copa de vino. Me entran ganas de probarlo, pero pienso en seguida que no sería una buena idea.

—No me llevo bien con mis padres —contesta, sin pudor alguno—, y soy de la opinión de que las propiedades solo nos hacen esclavos.

Nuestros padres están para amarlos y obedecerlos. No entiendo muy bien eso de llevarse mal con ellos. Y en cuanto a las propiedades… la tierra solo es de Dios.

—Pero tendrás algún proyecto —insisto—. No sé, casarte, tener hijos…

La caja ya está vacía y Ricky comienza a trocear el queso.

—Mis planes terminan con la cena de hoy. Lo que suceda después, bienvenido sea. ¿Y tú?

Noto cómo se me encienden las mejillas.

—¿Yo?

—¿Tienes planes?

Después de lo que me ha contado no quiero parecer pretencioso exponiéndole mi vida, pero quizá le sirva para encontrar un camino digno.

—Por supuesto —le digo, apartando la mirada—. Seguiré trabajando en la granja familiar que será mía en un futuro, me casaré y tendré hijos, y nietos, y una vida tranquila dedicada a Dios.

Vuelve a encogerse de hombros.

—Parece divertido.

La forma de decirlo, bastante serio, como si estuviera de acuerdo conmigo, me levanta sospechas.

—Te burlas —le digo

Él levanta ambas manos y nuestras rodillas vuelven a rozarse. El extraño escalofrío se me encaja en los riñones, sobre todo cuando los dos mantenemos las piernas sin moverlas, hasta que soy yo el que las aparta.

—Nooo —dice al fin—. Es que esa vida es distinta a lo que yo considero vivir. Además —me guiña un ojo—, no podría tener una sola mujer.

—¿Más de una? —me hago el escandalizado, pues ya he supuesto que no es un hombre casto. Ahora soy yo quien le gasta una broma—. Está prohibido por la Ley.

—O más de uno —me guiña otra vez el ojo y tengo la sensación de que sus piernas buscan las mías, pero las mantengo apartadas—. Me gustan los chicos y las chicas. Si son guapos como tú, los chicos más.

Noto que el corazón me bombea deprisa. Quizá me haya sentado mal la comida. Trago saliva y dudo si hacerle la pregunta que no sale de mi cabeza.

—Y supongo que —me lanzo—… tendrás relaciones.

Siento que me falta la respiración, pero él no parece inmutarse, como si hablar de estas cosas fuera de lo más natural.

—Cuando me dejan —sonríe y me tiende un trozo de queso—. Con este tipo de vida no siempre tengo a mano lo que necesito, no sé si me entiendes.

—Creo que no —porque de verdad que no tengo ni idea de a qué se refiere.

Se rasca el cabello, que toma otra forma simpática. Tiene ojos bonitos y una mirada que parece emitir luz. Nunca he visto a nadie como él, y creo que me gusta por eso.

—A veces quiero estar con alguien —me contesta— y no hay nadie con quien estar.

Así que se refiere a eso. Para nosotros la intimidad tiene una función sagrada vinculada con la procreación. Así me lo han enseñado y así es como debo hacerlo. Trago saliva sin poder evitarlo y miro alrededor, como si alguien pudiera estar viéndonos y nosotros hiciéramos algo reprobable.

—¿Has estado con… muchos? —le pregunto en voz baja.

Él suelta una carcajada y se lleva las manos tras la nuca. La camisa se le abre y su pecho salpicado de vellos hace su aparición de una manera hipnótica.

—No podría contarlos —me contesta—. ¿Y tú?

Vuelvo a enrojecer.

—Cuando Judith y yo nos casemos —respondo, sucinto.

Él abre mucho los ojos, con cierta pantomima.

—¿Quieres decir que eres… virgen?

La mofa me molesta, pero no se lo demuestro.

—Me reservo para el matrimonio.

Él se aproxima, colocando los codos sobre sus rodillas, para lo que ha tenido que abrir mucho las piernas.

—Pero te habrá atraído alguno de tus amigos, no sé —carraspea—. Alguno de tus compañeros de iglesia. Nos pasa a todos.

Me siento incómodo.

—No.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera has besado a un chico?

Esta conversación se me acaba de escapar de las manos. Me pongo de pie y vuelco la silla. Intento ponerla derecha, pero se cae de nuevo.

—Creo que debo irme.

—Espera —él también se levanta, pero al ver mi intranquilidad no hace por acercarse—. Eso podemos arreglarlo —dice con voz muy suave—. Cierra los ojos.

No sé qué pretende, pero no me gusta.

—No puedo —señalo el camino—. Yo…

—Ciérralos —su voz es agradable y sus ojos brillan—. Confía en mí.

Por algún motivo le hago caso, y al instante siento sus labios sobre los míos, un tacto suave, algo húmedo y delicioso. Es un beso fugaz, sin intención alguna de ser otra cosa, que termina de la misma forma que ha empezado.

Cuando abro los ojos lo veo frente a mí, sonriendo, amable y gentil como nunca he visto a nadie. Aquello me preocupa más que si hubiera visto la imagen libidinosa del maligno.

Me aparto un par de pasos.

—Tengo que marcharme.

Él no se mueve de donde está y me sonríe con las manos en los bolsillos.

—Vuelve cuando quieras.
Asiento y emprendo la retirada sin atreverme a volver la vista atrás.

CAPÍTULO 7

Ricky

Reconozco que el muchacho tímido que se acaba de marchar no me sale de la cabeza mientras recojo los restos de la cena y apago las luces con las que he decorado los árboles.

Pensarás que estoy flipado, pero es distinto lo que me late por él. No sé explicarlo de otra manera. Hasta ahora estoy acostumbrado a que mis historias tengan más de sexo que de amor y a que… ¿me has leído? «Mis historias», como si entre ese chico de una religión rara que seguro que no pueden ni masturbarse sin sentirse sucios y yo existiera la posibilidad de que hubiera algo.

Me quedo un rato sentado junto al río mientras la luna termina de desaparecer. Joshua no me sale de la cabeza, y no solo porque me guste y, sí, me apetece follármelo, sino porque me siento bien cuando está aquí.

Estarás pensando: pero si solo lo has visto dos veces. Y tienes razón, pero estarás de acuerdo conmigo en que eso se sabe, cuando hay algo especial lo percibes desde el primer instante.

Al fin me acuesto y apago las luces de la caravana. He descorrido el techo y se ven las estrellas, lo que me permite dormir soñando con ellas las noches donde no hay mosquitos.

Me estoy quedando dormido cuanto escucho el sonido. Son pasos, pasos cerca del vehículo. Me incorporo con los codos sobre la cama. No es habitual, y menos en un sitio tan apartado. Si fuera otro condado diría que son furtivos, pues se ocultan en la noche para sus fechorías, pero no suelen acercarse a una caravana, a menos que…

Cuando siento que trastean con la puerta me asusto de verdad. Están intentando entrar, y no me da tiempo a levantarme cuando esta se abre y una figura en sombras se precipita sobre mí.

Voy a gritar, a buscar algo a tientas para defenderme, cuando la luz blanca de la luna le ilumina al rostro a mi agresor y veo a Joshua, de rodillas sobre el colchón, mirándome con ojos encendidos.

—¿Qué haces…?

Pero no me deja preguntarle por qué ha vuelto, porque se tira sobre mi boca, sus labios impactan sobre los míos, y yo me estremezco cuando su beso inexperto me consume, cuando su lengua busca la mía mientras su mano aprieta mi nuca para que el beso sea más intenso.

Reconozco que me sorprende y por un momento pasa por mi cabeza la idea de tranquilizarlo, de sentarlo en una silla y ayudarlo a poner las cosas claras, como que se casará, que tendrá hijos y nietos y una granja heredada que será toda su vida.

Pero lo deseo tanto y el beso es tan bonito que lo olvido pronto, y lo atraigo con mis manos hasta tumbarlo sobre mí y abarcar su cintura con mis piernas desnudas.

La pasión del beso se intensifica. Me muerde el labio y yo le hago lo mismo. Sonríe y eso me encanta. Le acaricio la espalda por debajo de la camisa. Su piel cálida me da fiebre, y el tacto suave me eriza la piel.

Con una maniobra logro sacarle la áspera camisa y eso deja su torso al desnudo. Me

quedo mirándolo mientras él traga saliva. Con aquella ropa holgada no podía imaginar un cuerpo tan perfecto, de pectorales marcados y vientre plano, donde apenas lo atraviesa un cordón de vellos rubios, como su cabello.

Yo simplemente aparto la sábana, y me quedo desnudo ante él, pues detesto dormir con ropa.

Él me mira y se humedece los labios, indeciso.

Mi pecho peludo y fuerte, mi vientre marcado, y mi polla, por supuesto, que se ha puesto como una columna de mármol, cargando hacia la derecha, muy cerca de mi cintura. Mis muslos abiertos dejan ver el interior, tan cubiertos de vello como todo lo demás, y me muevo despacio, para que vea mis huevos, que cuelgan dilatados hasta posarse sobre el colchón.

Él mira hacia allí, y creo que vislumbra la abertura entre mis nalgas, lo que logra que me estremezca.

A Joshua se le escapa un ligero gemido y torpemente se quita los pantalones, trastabillando, teniendo que ayudarse de una y otra mano para no caer a un lado.

Cuando al fin está desnudo, es a mí a quien se le escapa el gemido.

Tiene una polla inmensa y circuncidada, de piel clara pero surcada de venas nudosas que le dan un aspecto muy apetecible.

Los dos estamos desnudos, frente a frente. Yo tumbado y apoyado en mis codos. Él de rodillas, con ambas manos sobre sus muslos.

Nos dimensionamos, como si esperáramos a que nuestros cuerpos decidieran por dónde empezar.

Lo hace él, Joshua, que, muy despacio, avanza con las manos sobre el colchón hasta colocarlas cerca de mis hombros. Cuando estamos frente a brete, cuando sus labios están a la misma altura de los míos, mira hacia abajo, y solo entonces acerca sus caderas para que nuestras pollas se rocen, se toquen con cuidado, se froten lentamente.

La sensación es tan potente que tengo que cerrar los ojos y se me escapa otro gemido.

Aquello es como una señal, porque Joshua cae sobre mi cuerpo y se frota intensamente mientras vuelve a mi boca, que devora con tanta pasión que no deja de arrancarme suspiros de placer.

No sé cuánto tiempo pasa entre caricias y restregones. Pero a mí se me ha escapado una buena cantidad de *precum* que lubrica el roce y lo hace aún más delicioso.

Cuando Joshua coloca ambas manos bajo cada una de mis rodillas y las sube hasta colocarlas cerca de mis hombros, sé lo que pretende.

Quiero decirle que soy activo, que es él el que debe estar en mi posición y yo el que…

Pero Joshua se escupe en una mano y la alarga entre mis nalgas, buscando hasta que encuentra lo que desea. Allí lo empapa. Despacio, y vuelve a escupirse para untar más saliva.

Yo permanezco recostado, sintiendo cómo sus grandes dedos entran en mí con cuidado, cómo logra dilatarme, cómo acceden a un lugar que no me agrada que lo horade nadie, pero que con él empieza a gustarme.

Cuando deja caer una buena cantidad de saliva desde sus labios hasta su polla para que quede bien húmeda, contengo la respiración.

Con cuidado la acerca hacia mí. Primero aprieta y se le escapa un gemido. Después me besa, y yo le muerdo ligeramente el labio. Solo entonces hace un mayor esfuerzo y entra dentro de mí, al completo, sin reservas, hasta que nuestros testículos se unen y yo me siento completamente ensartado,

La sensación no me gustaría si no fuera él. Pero entonces me abraza y me acaricia. Y con

los cuerpos muy unidos, empieza a cabalgarme, de frente, besándome mientras sus ojos buscan los míos, entrando y saliendo tan a fondo que el placer no tarda en aparecer. Un placer enorme, escondido en mí como si le esperara, que me parte en dos y se vuelve tan adictivo que me pregunto mientras me folla dónde estaba yo antes y por qué no me he dejado hacer.

La caravana se llena de gemidos, y del vapor que destilan nuestros cuerpos ardiendo de deseo que empaña los cristales.

Me avisa cuando se va a correr porque los suspiros se le escapan sin poder reprimirlos, y aquella constatación provoca en mí el mismo resultado.

Eyaculamos a la vez.

Él dentro de mí, con un gemido que me arranca las entrañas y tal cantidad de lefa que se me sale por los muslos hasta la sábana.

Yo lo hago sin tener que masturbarme y empapo nuestros vientres y nuestros pechos de leche caliente, espesa y abundante, que llena de olor a semen el habitáculo y lleva pareja un placer tan intenso que incluso creo que puedo perder el sentido con él.

Cuando terminamos, caemos uno al lado del otro, intentando recomponer el aliento, mientras yo me pregunto en qué lío me estoy metiendo.

CAPÍTULO 8

Joshua

Hoy es el sexto día que vuelvo a casa muy entrada la madrugada, accediendo a hurtadillas para que mis padres no se den cuenta de que he estado fuera.

Aquella primera noche, tras la cena, la voz de Ricky, el volumen de sus labios, la forma de su cuerpo a medio vislumbrar bajo la ropa… todo ello no salía de mi cabeza mientras atravesaba el bosque.

Solo una idea me ocupaba: que quería beberme su voz, chupar su boca y acariciar su piel. Solo eso me guiaba, y cuando estaba a escasos metros de mi hogar, me di la vuelta, salí corriendo y caí en sus brazos.

No puedo explicarte lo que sentí aquella noche. En la soledad del establo me he explorado, oculto y lleno de remordimientos. Pero con él todo eso desaparece, porque cuando estoy entre sus brazos solo puedo pensar en el placer que me produce, en la manera que tiene de tocarme, en el brillo que adquieren sus ojos cuando, al final, se derrama sobre mí, me abraza y sus labios permanecen silenciosos porque cualquier palabra podría estropearlo todo.

No sé qué es esto que nos une, aunque sí soy consciente de que solo puede quedar entre nosotros. Él se irá y yo retomaré mi vida como siempre ha sido, como siempre será, sin cambio alguno. Y entonces me confesaré y haré mi penitencia para que se borren, si es posible, mis pecados.

Pero mientras tanto, cuento los minutos para ir a la extraña caravana de Ricky, para bañarnos juntos y desnudos en el río, para comernos a besos entre los arbustos, para terminar haciendo aquello que él llama «amor» en su cama desvencijada que cruje cuando lo poseo y que acoge con nuestras mismas ganas lo que hacemos.

Hoy, aunque es más tarde que otras veces, tengo el corazón más agitado.

Ricky me ha pedido algo a lo que me he negado en un principio, pero ha insistido con tanta dulzura, con palabras tan amables, que no he tenido más remedio que hacerle caso.

Estábamos retozando en la cama, acariciándonos desnudos mientras él me besaba muy despacio, cuando me ha pedido que lleve mi boca hacia su sexo.

Es algo que él hace conmigo a menudo, y he de reconocer que produce un placer tan intenso que a veces tengo que pedirle que se detenga para tomar aliento.

Puede parecerte extraño que no tenga escrúpulos en clavar cada vez que nos hemos visto mi virilidad en él, pero que sienta cierta repugnancia en meterme en la boca una parte tan íntima.

Como te decía, al final he accedido, y él se ha puesto de pie para que yo pueda estar cómodo, con las piernas cruzadas en el colchón mientras lo observo.

La virilidad de Ricky es generosa, no tan grande como la mía, pero sí más gruesa. Aunque no tengo conocimiento para comparar, pues su verga y la mía son las dos únicas que he visto en la vida, Me ha llamado la atención la falta de capucha, lo que hace que la cabeza parezca grande y decidida, y la boca muy abierta.

También es nudosa, como el tronco de un árbol, y hay una línea oscura en la parte central

que desciende hasta perderse entre los muslos, separando sus testículos que son gordos y pesados.

Palpita ante mis ojos y una gota de semen cuelga de la boca. Trago saliva y me acerco.

Me inunda su olor. Es muy particular. Algo salado, animal, pero no desagradable. La tomo con una mano y noto cómo vibra de excitación. Lo miro a los ojos. Los suyos están enfebrecidos. Los míos curiosos.

Saco la lengua y tomo con cuidado aquella gota solitaria de leche. La paladeo. Sabe como huele, algo picante y de textura densa. A él se le escapa un gemido y eso me satisface porque debo de estar haciéndolo bien.

Paso la lengua a todo lo largo, teniendo cuidado de empaparla de saliva. Él vuelve a gemir, y eso me anima para metérmela en la boca. Me la ocupa toda, y me aprieta la garganta, provocándome ganas de vomitar.

La saco de nuevo y tomo una bocanada de aire. Vuelvo a mirarlo. Ha cerrado los ojos y parece extasiado. Vuelvo a la carga y me la trago de nuevo. Su sabor me inunda y me fascina la manera en que palpita dentro de mi cavidad bucal.

Le hago como él a mí: la meto hasta el fondo y la saco de nuevo, apretando los labios y moviendo la lengua para arrancarle todas las sensaciones.

Voy captando cómo se endurece cada vez más, y cómo su textura se vuelve más densa.

Trago y trago, hasta el punto de que empieza a dolerme la nuca. Es agradable y bastante excitante, tanto que tengo que sostenerme la verga y empezar a masturbarme.

En un momento dado él me sujeta fuerte la cabeza, y entonces se corre dentro de mi boca.

Siento cierto asco en un principio, sobre todo cuando el líquido caliente y lechoso me empapa las papilas y me llena las mejillas. Pero cuando lo paladeo, cuando le tomo el gusto y baja por mi garganta, me excito tanto que mi semen brota entre mis dedos y mientras trago emano de la misma manera que él.

—Joshua, ¿qué haces aquí a esta hora?

Estoy llegando a casa cerca del alba cuando esa voz me detiene. No tengo que volverme para saber quién es.

—Señora Atkinson —le digo a la chismosa del pueblo, buscando una excusa mientras me meto la mano en el bolsillo para que no se percate de cómo me han excitado mis pensamientos.

—Te preguntaba qué haces en el bosque a una hora tan intempestiva.

Lo dudo. Sé que me he sonrojado y que esa es una de las señales visibles del pecado.

—He ido a ver al ganado —miento.

Ella arruga la frente. No deja de auscultarme, como si buscara algo secreto.

—¿A las cuatro de la madrugada?

—Uno de los terneros está enfermo —logro decir.

Ella me mantiene la mirada. Tengo la sensación de que, si hago un gesto inoportuno, lo adivinará todo. Dejo muy quieta la mano que tengo en el bolsillo, sujetándome la verga para que no se dé cuenta del tamaño que ha alcanzado pensando en lo que hacemos Ricky y yo.

Cuando habla hay cierta mala intención en su voz.

—En esa dirección se va a la caravana del forastero, si no me equivoco.

Yo me encojo de hombros, como si no supiera nada, cuando todo el pueblo es conocedor de aquello.

—Supongo.

Afila la mirada, como una bruja.

—No habrá sido a cotillear, ¿verdad?

Yo me hago el ofendido.
—Por supuesto que no.
Al fin suspira, aunque no estoy seguro de haberla convencido.
—Anda, vete a casa. A esta hora no se hace nada bueno.
Me despido formalmente y acelero el paso hasta llegar a la vivienda.
Cuando cierro tras de mí me siento aliviado al ver que mi padre aún no se ha levantado.
Quizá va siendo hora de dejar de visitar al bueno de Ricky.

CAPÍTULO 9

Ricky

Joshua me dijo que pasaría a mediodía y que traería un poco de leche y algo de carne. Yo me he callado que la leche que me quiero beber es la suya y la carne que quiero lamer, también.

El caso es que no se ha presentado y no sé si debo preocuparme.

Es curioso, conozco a ese chico desde hace apenas unos días y siento cosas que no recuerdo haber padecido antes.

Sí, reconozco que está como un queso y que su inocencia junto con su determinación en la cama son una pasada. No sé, un tío con cuerpo de dios griego y cara de ángel a quién le tienes que enseñar todo sobre el sexo y que tiene un aguante que me deja molido… ¿Puedo pedir más, Universo?

Bromas aparte. Es la primera vez que me sucede. El hecho de que no sale de mi cabeza, de que me descubro con la mirada perdida, una sonrisa de gilipollas en la boca y pensando en él.

Si eres *romanticón* dirás aquello de «te has enamorado», y es posible porque no me ha pasado antes. ¿Así es? Pues vaya putada, porque se me ha quitado el hambre, tengo el estómago como si en él anidara un panal de abejas y mi cabeza se empeña en trazar imágenes donde él y yo tenemos conversaciones ficticias donde Joshua termina perdidamente enamorado de mí.

Sí, si es amor es una auténtica putada.

Eso por no hablar de lo otro: que pertenece a una religión que parece una secta del siglo XVII, y que es hetero.

A esto segundo es posible que le pongas matices, sobre todo porque ayer me comió la polla, se tragó mi lefa, y no le hizo ascos. Pero, créeme, he estado con muchos tíos heteros que, después de romperles el culo, siguen siéndolo. Y no es una cuestión de pose o de falta de aceptación. Es solo que para el sexo son desinhibidos, pero a la hora de conformar una relación o una familia son tradicionales.

Sí, ya sé, te estás escandalizando por esta manera de pensar, pero sigue tú con tus ideas y yo con las mías, que eso es lo que enriquece al mundo.

A las cuatro de la tarde no aguanto más y cojo el coche para echar una ojeada por el pueblo.

Voy poco porque he comprendido que no soy bien recibido.

La señora de la tienda de avituallamientos, que los primeros días, cuando llegué, me pareció muy agradable, últimamente no me dirige la palabra y una vez me cerró con la puerta en las narices en horario comercial.

Salgo del sendero del bosque renqueante, soportando los baches del camino hasta la carretera comarcal que no es mucho mejor.

No tengo ni idea de dónde vive Joshua. Tampoco intención de presentarme en su casa si lo supiera. ¿Qué diría? ¿Qué explicación les daría a sus padres? Porque sé que no está bien visto codearse conmigo.

Tengo curiosidad por saber de su novia. Sé que se llama Judith, pero nada más. Cuando

le he pedido a mi chico (me ruborizo al llamarlo así) que me la enseñe en Instagram, he tenido que explicarle qué es eso, y cuando le he dicho que entonces me muestre una foto, me ha contestado que solo las hacen el día de la boda y cuando se consagran en la iglesia, porque otra cosa es pecado de vanidad. De la misma manera que no tiene espejos ni televisión, ni sabe quién es el presidente de nuestro país y mucho menos quiénes son las Kardashian.

Cuando al fin llego al poblado, me detengo en la tienda de víveres a comprar unas cervezas. La propietaria me mira con la frente arrugada, y cuando comento que hoy hace un día espléndido no me contesta.

Se me ha pasado por la cabeza preguntarle por Joshua. Supongo que no habrá muchos como él por aquí, porque si los hubiera esto sería el paraíso. Pero decido que es una mala idea, que lo comprometería, y que seguro que se negaba a darme ese tipo de información.

Cuando salgo dejo las cosas en el maletero y recorro el pueblo de este a oeste por la calle principal. Como siempre, está solitario, menos en el cruce, donde está la plaza y la iglesia, y donde los parroquianos se reúnen a charlar y tomar el sol.

En cuanto me acerco lo veo, a Joshua.

Como otras veces, el jodido corazón se me acelera y la garganta se me llena de saliva, en un reflejo instintivo muy parecido al del hambre.

Va vestido con una ropa muy similar a la que usa habitualmente. Le he regalado una de mis camisas de lino, pero me ha dicho que la esconderá porque no está permitido ponerse una prenda así. Sería…. Correcto, vanidad.

Está sentado en uno de los bancos de madera, y no está solo. A su izquierda hay un hombre mayor que conozco de otras veces. Es el cura, o el pastor, como quieran que lo llamen. Va vestido de la misma manera que los demás, pero su sombrero es distinto y un tanto ridículo por el tamaño. El hombre les está hablando y ellos parecen muy atentos.

La otra persona que lo acompaña no me cabe duda de que es Judith.

Es una muchacha morena y bonita, de sorprendidos ojos negros, vestida con la sobriedad de todos los demás.

Me llama la atención que, entre ambos, han dejado un hueco suficiente como para que se siente otra persona, como si el contacto entre dos muchachos que están comprometidos no fuera posible.

Paso de largo, pero al llegar a la esquina me doy cuenta de que quiero verlo de nuevo, así que doy la vuelta a la plaza y paso justo por delante.

Por supuesto he acaparado casi todas las miradas. No hay animadversión en ellas, pero si un elemento de cuidado, como si mi presencia pudiera ser algo ponzoñoso.

Esta segunda vez Joshua sí me ve, y noto dos cosas que se superponen. Por un lado, que se sonroja al descubrirme, y por otro que le brillan los ojos.

No me atrevo a corresponderle con otra sonrisa. Hubiera sido demasiado comprometido, y paso de largo, con el corazón acelerado en mi pecho, y tantas ganas de hacerle el amor que ruego a su Dios que venga esta noche y nos amemos como salvaje.

CAPÍTULO 10

Joshua

Tras haber sido pillado por la señora Atkinson mi decisión es firme: no voy a volver a ver a Ricky, porque con ello comprometo mi alma, mi comunidad y mi vida junto a Judith.

Pero cuando lo veo dentro de su coche, paseando despacio por la plaza central, la piel se me eriza, siento el deseo anidado en los riñones y las ganas de besarlo son tan poderosas que comprendo que cualquier resistencia es imposible, que estoy en sus manos.

El pastor se da cuenta de que algo me sucede y solo ha tenido que seguir la dirección de mi mirada para comprenderlo. Pero no ha dicho nada, no ha querido preocupar a Judith y yo no le he dado la oportunidad de que me sermonee, porque en cuanto hemos terminado de repasar las lecturas de mañana me he disculpado, alegando que uno de nuestros terneros sigue enfermo, y me he marchado dejándolo con la frente fruncida.

En vez de ir a casa me he tirado al bosque. He atravesado los robledales tan deprisa que he estado a punto de romperme una pierna, y solo cuando he visto aparecer la silueta blanca de la caravana de Ricky he empezado a calmarme, como si de alguna manera su proximidad fuera lo único que tiene poder sobre mi ánimo.

Él me ha visto llegar y le han brillado los ojos, pero he pasado de largo, como si no hubiera recabado en su presencia, bordeando su casa rodante y dirigiéndome al río.

En la orilla, me he deshecho de la camisa, rompiendo uno de los botones. He tirado los zapatos tan lejos como he sido capaz, y he dejado los pantalones hechos un bulto de tela arrugada en el mismo sitio donde me he desprendido de ellos.

Completamente desnudo, me he tirado a las aguas heladas y tonificantes, y solo cuando estas me han cubierto por completo he sentido paz, como si me acabara de bautizar en una religión nueva donde el profeta es… el hombre que acaba de acercarse a la orilla, y me mira sorprendido, sin saber qué pensar.

Está guapo a rabiar, con el cabello alborotado, pantalones cortos y una camiseta de tirantes que deja vislumbrar su pecho poderoso y expone esos brazos definidos, donde una vena inflamada recorre el bíceps de arriba abajo.

Sumergido hasta el cuello le sonrío, y él entiende lo que quiero decir, porque de un manotazo se quita la camiseta y deprisa se deshace de los pantalones, ya que no lleva ropa interior, igual que yo.

Permanece en la orilla desnudo unos instantes. El tiempo justo para que pueda extasiarme contemplándolo. Su vientre plano y peludo, sus muslos fuertes y voluminosos, la verga generosa y los testículos grandes, mucho mayores que los míos. Después me sonríe y se tira al agua de cabeza.

Su cuerpo se sumerge por completo y tarda demasiado tiempo en salir a la superficie. Me preocupo, pero entonces su cabeza empapada rompe la clara línea del agua y emana tan cerca de mí, que siento cómo su cuerpo roza intencionadamente el mío, y sus piernas se entrelazan en mis caderas, para que nuestros sexos se fusionen y se rocen con el ligero vaivén que ha creado su

aparición.

—No he podido resistirme en ir al pueblo para verte —me dice, algo culpable—. Espero no haberte creado ningún problema.

Desde que lo vi por primera vez sabía que sería algo importante lo que habría entre lo dos, y aquí estoy, pegado a él, y sintiendo cómo su verga empieza a tomar consistencia por el simple hecho de rozarse con la mía.

Por toda respuesta me tiro a su boca. Me encanta cómo sabe, a tabaco y menta, un sabor que no conocía antes de comerme a Ricky y que se ha vuelto mi favorito.

Él acoge mi beso con ganas, y se frota aún más contra mi piel.

Aquel roce hipnótico no tarda en lograr su objetivo, y noto cómo la sangre es bombeada hacia mi miembro y cómo va adquiriendo consistencia, textura, mientras palpita contra la delicada piel de su ingle.

Rompiéndonos a abrazos y caricias, con más furia y necesidad que otras veces, nos mordemos el cuello, los labios, el nudo de la garganta. Es como si necesitara estar dentro de él, como si en mí existiera el pálpito de habitar debajo de su piel.

Ansioso de su cuerpo, le sujeto las caderas mientras busco con los pies un lugar donde tocar tierra para asirme firme al fondo del río. Allí me clavo, y con ambas manos le abro las nalgas. Él me lanza un gemido muy cerca del oído.

Aquello me enciende aún más, y no tengo contemplación cuando lo penetro, de un solo golpe de cadera, hasta el fondo, tan a dentro que me quedo clavado en él como un ariete y permanezco sin moverme mientras le ausculto el rostro.

Evidentemente no se lo esperaba. En sus ojos hay un rastro de dolor y ha abierto la boca, como si contuviera el aliento.

Quizá debiera pedirle perdón, pero no lo hago. En cambio, empiezo a follármelo con fuerza, dentro del agua, sin contemplaciones, pendiente del placer que ello me proporciona.

Él me mira sorprendido, pero solo al principio, porque mi forma de hacérselo debe estar provocándole tal cantidad de placer que aquella mirada crítica se desvanece y se convierte en una de ojos entrecerrados y boca que no puede contenerse de lanzar suspiros mientras el mismo gozo que a mí me quema cada centímetro de piel debe estar a él encendiéndole las entrañas. Las mismas ganas con que orado una y otra vez su cuerpo, como una bestia que desea romperlo por la mitad porque sabe que solo así llegará al placer supremo, el que se desborda y tiene una duración infinita.

Ricky eyacula antes que yo. Lo hace con un espasmo y cerrando sus esfínteres alrededor de mi miembro. Eso me provoca tal placer, un gusto tan supremo, que yo le sigo de cerca, soltando bocanadas de semen entre sus glúteos, muy a dentro, en repetidas ocasiones, hasta que el placer es tanto que creo que me voy a desmayar y, en pleno éxtasis, imagino mi cuerpo flotando en el agua inconsciente.

Cuando terminamos, permanecemos abrazados, muy fuerte, cuerpo contra cuerpo.

—Ha sido… —intenta decirme Ricky, con la voz entrecortada por los regustos del placer —, bestial.

CAPÍTULO 11

Ricky

Cuando Joshua apareció y me folló en el río de aquella forma tan brutal, solo puedo decir que me sentí el pendejo más feliz del mundo.

Quizás para él ha sido una salvajada, pero pese a la intensidad, a la falta de cuidado, a la brutalidad con que me ha partido en dos con ese pedazo de polla, lo que he sentido ha sido amor.

¡Te ríes, joder, y es en serio! Su ferocidad es ternura. Su fogosidad, ternura. Su forma de encarase conmigo, ternura.

Permanecimos abrazados dentro del agua hasta que el crujido de una rama nos hizo mirar hacia la orilla.

Me dio tiempo a ver a una mujer madura, tan enjuta como malencarada, vestida como la mayoría de las del pueblo: falda larga, camisa recia y cabello cubierto con un pañuelo.

Apenas nos giramos ella emprendió la marcha entre los árboles. «Una mirona», pensé, resultándome más divertido que otra cosa, porque si se había llevado allí el tiempo suficiente habría visto cómo follan dos tíos que se tienen muchas ganas.

Pero, entre mis brazos noté cómo Joshua se envaraba, y cómo marcaba distancia conmigo, casi empujándose hasta quedar liberado de mi abrazo.

—¡La señora Atkinson! —gimió, pero permaneció dentro del agua, con los ojos muy abiertos, como si no supiera qué debía hacer.

—Es posible que no se haya dado cuenta de lo que ha visto —le mentí, porque estaba seguro de que aquella vieja cotilla había presenciado todo lo que habíamos hecho.

—No es estúpida.

—Podremos explicárselo.

Su rostro se había puesto pálido, tanto que parecía que la frío agua había helado su piel. Anduvo hacia la orilla, preocupado y jadeante.

—Tengo que irme.

Fui tras él, pero estaba tan alterado que no me atreví a tocarlo.

—Joshua, espera.

Nos quedamos en la orilla, desnudos. Su cuerpo perfecto. Su polla aún gruesa, deliciosa. Enredados en los vellos de mi vientre algunos hilos blancos del semen que no se había llevado la corriente.

—No debí haber venido —se lamentó.

Me atreví a ponerle una mano sobre el hombre y no la apartó.

—Puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—Puedo hablar con ella. Explicárselo.

Me miró fijamente. Ese algo delicioso que siempre habían tenido sus ojos había desaparecido y estaba ocupado por el miedo. Cuando los apartó estaba decidido.

—Lo que tú y yo hacemos es antinatural.

Eso me enfadó porque no podía consentir que me arrastrara a una forma de pensar en la que nadie creía ya, a unos tiempos tan lejanos que dudaba de que nadie pudiera pensar así hoy en día.

Se alejó y yo fui tras él.

—Tú no sé si serás antinatural —le dije, clavándole el dedo en el hombro—. Lo que yo hago contigo es precioso y si creyera en algo estoy seguro de que le gustaría a mi Dios.

Me miró horrorizado.

—Eso es herético.

Me coloqué delante, cortándole el paso.

—¿No te has planteado que ahí fuera hay un mundo con otras normas? Por ejemplo, que lo que hay entre tú y yo puede ser posible.

Me esquivó y fue tomando su ropa de una en una, a manotazos. Se colocó la camisa e intentó calarse los pantalones mientras caminaba.

—No hay nada entre nosotros —me recriminó para que no me confundiera.

Y no lo hice. Estaba claro que me había equivocado y había visto en los nuestro….

—Vuelves a hablar por mí —fue lo que salió de mis labios.

—Esta es mi vida. Esta es mi gente.

—¿Y te llevarás toda tu existencia ocultando lo que sientes?

Se detuvo y se enfrentó a mí, con los ojos brillantes y la frente arrugada.

—¿Qué crees que siento?

—Como mínimo, deseo. Espero que algo más.

—¿Algo más?

—Joshua —¿cómo era posible que no viera lo que para mí era evidente? —, desde que no conocimos…

Bufó y su boca se deformó en una mueca de desprecio.

—No por favor —evidentemente aquello lo superaba—, tengo que irme.

Se apartó de nuevo, camino del bosque.

Me sentí desamparado. Como si una parte de mí se me hubiera desprendido. ¿Cómo era posible? Conocía a aquel tío desde hacía solo un puñado de días y estaba loco por él.

Una vez más fui tras él, desnudo, clavándome las piedras en las plantas de los pies, pero ni las sentía, y pude cortarle el camino.

—Me gustas, —le grité—, y me encantaría que me dieras una oportunidad.

—Apártate —volvió a esquivarme—. Tengo que alcanzar a la señora Atkinson y explicarle.

—¿A sí? ¿Sin más?

Antes de largarse, me miró de arriba abajo, y vi miedo en sus ojos, lo que me dolió más que si me hubiera apuñado.

—Sal de mi vida, por favor —gimió—. No vamos a volver a vernos.

Y me dejó solo, porque me sentí incapaz de luchar más por algo que al parecer solo existía en mi mente.

CAPÍTULO 12

Joshua

No he alcanzado a la vieja señora Atkinson por lo que deduzco que ha debido esconderse entre los arbustos para evitar ser encontrada. La notica que porta es demasiado jugosa como para hacerse convencer de que guarde un secreto.

Cuando he llegado a casa he aducido que tengo el estómago revuelto y he subido a mi habitación sin cenar. ¿Qué he hecho? ¡Dios! ¿Qué he hecho?

La noche la paso a duermevelas, intentando prepararme para las consecuencias de mis actos y repasando mentalmente cada uno de mis errores y cada una de las posibles consecuencias que traerá sobre mí y los que quiero.

Desde que tengo uso de razón no ha sucedido nada igual, que un miembro de la comunidad haya contravenido las normas de una manera tan absoluta, por lo que ignoro cuál será mi castigo.

Cuando me levanto al amanecer, mis padres no están en casa, pero sí me espera el señor Perkins, sentado en la mesa de la cocina con una Biblia entre las manos. Conozco el procedimiento: la familia no puede mediar, así que me esperarán junto a los demás, donde ya han debido de ser convocados.

Mi viejo vecino no hace por hablarme, soy un pecador hasta que no se demuestre lo contrario y mis palabras pueden contaminar a un alma decente.

Atravesamos el poblado en sombras hasta la iglesia. Ya está. Esto es el fin. He leído que, en el pasado, cuando había gente como yo, los expulsaban de la comunidad, porque una fruta podrida corrompe a las demás.

En cuanto entro busco a Judith con la mirada. La descubro en una de las filas de detrás, junto a su familia. Nuestras pupilas se cruzan un instante, pero es algo fugaz porque ella de inmediato hunde sus ojos humedecidos en el entarimado del suelo.

En el altar está nuestro buen pastor. Permanece muy serio, pero no parece terrible como me lo he imaginado esta noche, mientras intentaba hacerle frente a todo esto.

También descubro a la señora Atkinson, en la primera fila, satisfecha de haber sido ella quien ha desenmascarado al pecador.

—Joshua —me dice nuestro guía espiritual—, ven a mi lado. Es necesario que todos te vean.

Avanzo y subo los escalones que alzan el altar sobre el resto de la iglesia. Una vez arriba me atrevo a levantar la cabeza y a mirar alrededor, paseando la vista por los rostros sorprendidos de mis vecinos. Mis padres están en la tercera fila. Mamá ha llorado y papá la tiene tomada por los hombros, como si le diera fuerzas. Para ella ha debido de ser terrible, sobre todo porque la señora Atkinson ha debido contar lo que ha visto con todo detalle, sin evitar los más escabrosos.

Trago saliva y tengo que bajar la vista porque no soporto el dolor que he causado.

—¿Sabes por qué estás aquí? —me pregunta el pastor.

Yo asiento

—Sí.

—La señora Atkinson —la señala y ella se pone de pie, orgullosa— ha contado cosas terribles. ¿Quieres oírlas?

No soportaría que explicara de nuevo lo que ha visto, porque sé que a mis oídos sonará como algo retorcido, cuando en mi corazón sigue siendo dulce y amable, como ese amor del que hablan nuestras Escrituras.

Se me escapa el aire de los pulmones.

—Sé lo que ha dicho.

—¿Lo sabes?

Vuelvo a mirar alrededor. Judith parece tener la respiración contenida y me observa muy fija, pero al verse descubierta hunde una vez más la vista en el suelo.

—Ha visto cómo el forastero y yo retozábamos en el río —contesto con una voz que no me sale del cuerpo.

El buen pastor no me hace repetirlo, pero las matiza.

—Sus palabras ha sido más acidas. Ha dicho que tú lo has tomado contra natura, por detrás. ¿Es eso cierto?

Me queda la vaga ilusión de que la distancia no le hubiera dado la oportunidad de saber qué hacíamos, pero no ha sido así. Vuelvo a suspirar.

—Lo es.

Se escucha un murmullo. Creo identificar el gemido de mi madre, también la voz de quienes iban a ser mis suegros intentando calmar a su hija.

El pastor alza una mano y todo vuelve al silencio. Esa misma mano se posa sobre mi hombro.

—¿Te ha obligado a ello?

«He sido yo quien ha empezado, quien ha empezado cada una de las veces», pero no es eso lo que contesto.

—Podría decirse que no.

—¿Podría?

No tengo un solo argumento para salvarme. Quizá la idea que tanto nos han repetido de que el pecado nos acecha como si se tratara de un animal feroz.

—La lujuria se ha apoderado de mí.

—Lujuria que él ha desatado.

Lo miro a los ojos. Están clavados en mí. Comprendo que me está conduciendo, que quiere que diga precisamente aquello, porque es la única manera de salvarme, de tener una oportunidad, de volver a ser yo mismo, con la mancha imborrable del pecado.

—Su-supongo —atino a decir.

De nuevo un murmullo. Nuestro guía espiritual sonríe, benevolente y satisfecho.

—¿Te arrepientes?

—Sí —digo de inmediato, porque no soporto tanto dolor a mi alrededor—, me arrepiento.

Se escuchan algunos aleluyas y la señora Atkinson frunce las cejas, como si salvar un alma no fuera suficiente.

—Eso me tranquiliza —dice mi pastor—. El arrepentimiento implica que no volverás a verle.

Desde que descubrí a mi mala vecina espiándonos desde la orilla sabía que lo que existiera entre Ricky y yo había terminado. Fue agradable mientras duró. Ya no es posible. Ya ni siquiera existe.

—Lo sé —contesto.

—Pero lo verás una vez más.

Alzo la cabeza y miro al pastor sin comprender.

—No entiendo…

Él me pone la otra mano sobre el otro hombro, y alza las cejas para que atienda a lo que tiene que decirme.

—Mientras no estabas aquí hemos decidido ir andando hasta su caravana para pedirle al forastero que se marcha más allá de los límites de nuestro bosque.

¿Van a pedirle a Ricky que deje de hacer algo que tiene derecho a hacer? Creo que lo conozco y no le va a gustar.

—No querrá —le contesto, un tanto perplejo.

Él sonríe.

—Pero lo haremos, y tú deberás acompañarnos y ser nuestro portavoz como parte de tu penitencia.

¿Eso es lo que han decidido? ¿Qué sea yo quien le diga a un hombre libre lo que tiene que hacer?

—Yo no… —intento convencerlo.

La mirada de nuestro pastor se vuelve circunspecta, como si fuera un ultimátum.

—¿Lo harás? —Es una pregunta clave. Si me niego, seré yo el que deba marcharme, el que destroce los restos aún sanos del corazón de mis padres y arruine la idea que aún le quede a Judith de mí.

Miro alrededor. Son buenas gentes. Mis buenos vecinos. Ellos no se merecen…

—Lo haré.

Y el pastor empieza a cantar uno de los salmos.

CAPÍTULO 13

Ricky

La jodida preocupación no me ha dejado dormir. Desde que ayer Joshua se marchó después de que esa alcahueta nos hubiera espiado, no dejo de pensar en las consecuencias que eso ha podido tener para él y en el duermevela de una noche inquieta aparece en mi mente la imagen de una pira de sacrificio donde lo queman por pecador.

La llegada de la luz del sol me saca de esas extrañas pesadillas, pero no aleja de mi la mala leche.

¿A quién molestamos? ¿A quién le importa lo que hagamos en nuestra intimidad? Y si Joshua tiene que dar explicaciones a la gente que quiere, como es el caso de Judith, solo le corresponde a él, porque cada uno tenemos nuestros tiempos.

Me preparo un café mientras intento apartar las imágenes de aquelarre que vuelven de vez en cuando.

Está claro que debo ir al poblado y descubrir de una forma o de otra qué ha pasado con Joshua, pero aún no sé cómo hacerlo. Quizá ronde su casa a la espera de verlo salir, o la jodida plaza del pueblo donde suelen congregarse, o…

El ruido de un alboroto hace que el corazón me dé un vuelco con la esperanza de que sea él, de que venga a decirme que está todo arreglado, que no ha pasado nada, que volvamos al río para repetir algo tan rico.

Pero cuando miró en aquella dirección se me seca la garganta y me hierve la hiel.

Quienes viene por el camino del bosque son un grupo nutrido de buenos ciudadanos, vestidos con sus rígidas ropas, tanto como su moral, hombres y mujeres que caminan serios, despacio pero decididos, y cuyo destino no es otro que yo mismo.

Me pongo de pie y me encasqueto la camisa, pero lo pienso mejor y decido dejarla donde estaba, sobre el pomo de la puerta, y me enfrento a ellos a pecho descubierto y en pantalones cortos, como una forma de rebeldía «no pasarán».

Entre la multitud distingo a Judith, guapa y algo nerviosa, que rehúye mi mirada cuando se da cuenta de que la observo. Hay varios hombres que se parecen a Joshua y deduzco que serán sus primos, o que quizá alguno de ellos es su padre, porque en una comunidad tan pequeña la endogamia debe estar a la orden del día. También descubro al sacerdote, o cura, o pastor, o como quiera que lo llamen, y que se distingue de los demás por el extraño sombrero. Encabeza la marcha y su determinación parece tan sólida que reconozco que logra afectarme y por un instante pienso si no es mejor encerrarme en mi caravana… pero entonces vuelven a asaltarme aquellas ideas absurdas de piras funerarias y apocalipsis, y me digo que, si van a hacerme daño, mejor de frente y a pecho descubierto, como un valiente.

A Jacob ha sido al primero que he visto, pero lo he dejado para el final.

Camina codo con codo con el líder espiritual de la comunidad, y está terriblemente pálido. Sus ojos, siempre brillantes, parecen ahora un reflejo de aquellos que besé ayer, porque se muestran sin vida, cansados y con un toque de desesperación.

Verlo a salvo me tranquiliza hasta el punto de que se me escapa el aire contenido en los pulmones.

Me mantiene la mirada, pero soy incapaz de leer nada en ella, como si lo que hubiera pasado en las pocas horas en que nos hemos separado hubiera cambiado su naturaleza desde dentro, hasta quitarle el alma.

Cuando llegan frente a mí, planto los pies en tierra, firme, y me cruzo de brazos, intentando no aparentar el miedo y la desazón que me araña las tripas.

—Estaba preparando café —les digo, alzando la cafetera—, aunque tardaría todo el día en poder ofrecerles a todos.

Se escucha un murmullo y creo entender un «desvergonzado» que proviene de la parte trasera. Pero el pastor sonríe, da un paso al frente y me tiende la mano.

—Yo sí aceptaré tu taza.

Se la estrecho un tanto confundido por su amabilidad. Quizá no vengan a crucificarme, quizá… la presencia del sheriff, que permanece tan apartado como atento, me tranquiliza, tanto como para atreverme a hablar con el chico que me ha quitado el sueño.

—¿Y tú, Jacob, quieres?

Él traga saliva y se humedece los labios. Lo deseo, joder, ¡cómo lo deseo! Incluso en circunstancias tan dramáticas como esta mi deseo por él palpita dentro de mí, lo que llega a asustarme.

Es el pastor quien habla por él.

—Hemos venido a acompañarlo para que pueda transmitirte nuestro mensaje.

Aquello me molesta y mi cuerpo lo denota cambiando el peso de un pie al otro. Lo miro a la cara, desairado.

—No hubiera sido necesario. Como ya sabrán hemos hablado algunas veces.

—¿Hablado? —suena la voz quebrada de esa malvada anciana desde atrás—. Os vi de la peor manera.

Yo simplemente me encojo de hombros.

—Ese es su punto de vista. Para mí no hay mejor manera posible.

Otro murmullo escandalizado por mi forma de no guardar los modales. ¿Qué quieren que haga? ¿Que asienta y me quede callado? ¿Que les dé la razón en lo que sea que han venido a pedir? No me conocen, está claro.

El pastor se ha vuelto hacia Jacob, que permanece callado y aún más pálido que antes.

—¿Quieres decirle algo?

Tarda en hacerlo, en expresar lo que creo que son palabras dictadas. La comunidad y sus normas, supongo. Aquello me asquea.

—Ricky —me dice, pero aparta la mirada—, debes marcharte.

Su voz cansada me llena de rabia, mucha más de la que soy capaz de destilar, y sin comprender que aquello es posible que esté siendo tan duro para él como lo es para mí.

Doy un paso al frente y me encaro con Joshua.

—Esta es una zona de libre acampada —chulesco—. Puedo quedarme tanto tiempo como quiera y nadie puede echarme, —me giro hacia la autoridad— ¿verdad, sheriff?

El hombre asiente. Parece tan decidido como comprensible.

—Así es —me dice—, pero la rivera continúa muchos kilómetros, con zonas aún más agradables que esta, y confío en que entenderás que aquí no eres bien recibido.

Hasta el mandatario de la Ley quiere que me largue. ¿De verdad que todos lo desean? Me encaro otra vez con el chico a quien creía amar.

—¿Eso piensas, Jacob?

Veo la angustia en sus ojos. Cuando habla lo hace de manera aturrullada, como si fuera una oración o una súplica.

—Esta es mi casa y esta es mi gente —sus ojos anhelantes—. Todos ellos saben lo que ha pasado entre nosotros. La señora Atkinson ha contado lo que vio, y yo todo lo demás —sus cejas se fruncen ligeramente—. Te pido por favor que te vayas. Si no lo haces seré yo quien abandone el pueblo.

Yo me mantengo inflexible.

—Quizá así te haga un favor.

Él da un paso al frente, firme por primera vez.

—El pueblo es donde quiero estar —tiende una mano hacia Judith, aunque ella no se mueve de donde está—. Y ella es la mujer con la que me quiero casar.

En ese instante lo comprendo y me recrimino por mi testarudez. Aquí poco tengo que hacer, y mi obsesión por este chico guapo y sincero…

Doy un paso hacia detrás.

—De acuerdo.

—¿Te marcharás? —brillan los ojos del pastor.

Yo asiento.

—Hoy lo desmontaré todo. Mañana cuando amanezca no quedará rastro de mí.

El sheriff se calza el sombrero y creo que suelta un suspiro de alivio.

—Te agradezco tu comprensión. Somos gente de viejas costumbres que no molestamos a nadie, pero tampoco queremos ser molestados.

Necesito estar solo. Necesito que se vayan. No quiero volver a ver a Joshua. No sé si podría soportarlo.

—¿Algo más? —pregunto, insolente

—Solo nuestra bendición —me dice el pastor, trazando la señal de la cruz en el aire, pero yo me aparto.

—Puede quedarse con ella. Y ahora, les rogarían que me dejen a solas. Voy a darme un baño en pelotas.

Los escandalizo, para que se marchen cuanto antes.

Me dirijo a la orilla, hacia el mismo lugar donde hace unas horas Jacob y yo hicimos el amor, pero no me vuelvo, no quiero verlo otra vez, porque no estoy seguro de si al mirarlo voy a volver sobre mis pasos y a suplicarle que se quede.

CAPÍTULO 14

Joshua

Mientras regresamos al poblado a través del bosque los miembros de mi congregación cantan himnos de alabanza a Dios, porque consideran que acabamos de lograr una gran victoria contra el maligno.

Yo avanzo a la cabeza, codo con codo con nuestro pastor, aparentando una dignidad que no siento. ¿Cómo voy a ser digno si acabo de dañar a alguien a quien…? ¿A quién qué? No sé poner las palabras adecuadas y mi educación religiosa tampoco me lo permite.

Intento llevar mi mente a una idea lógica, al amor a Dios, a la vida en familia, a mi congregación, a Judith y a nuestros futuros hijos. Pero mi corazón se resiste a tomar esa senda y solo me habla de Ricky, de la manera en que palpita cuando él está cerca, de cómo ansía sentirlo cuando no está, y de la locura que es permanecer entre sus brazos.

Tengo que convencerme de que he hecho lo correcto. De que no solo lo hago por mí, sino por él. ¿A dónde podría llegar una relación entre nosotros? Somos tan distintos, tan diferentes. Ni siquiera…

—¿Podemos hablar?

Miro al lugar de donde procede la voz. Es Judith, está muy seria y se tira del puño de la camisa como cuando está nerviosa.

—Por supuesto —contesto.

Nos apartamos de la comitiva y caminamos un poco apartados del grupo. Me avergüenza mirarla y creo que a ella le sucede otro tanto porque nos quedamos callados durante un buen rato.

—Estoy muy orgullosa de ti, Jacob.

—Tengo que pedirte disculpas por lo que he hecho. Yo…

—No tienes que hacerlo. Bueno, sí, pero lo doy por recibidas.

—Mañana se habrá ido y todo volverá a ser como antes.

—De eso quería hablarte.

Se me frunce la frente. ¿Quiere que volvamos y le exijamos que abandone ya nuestras tierras? ¿En este preciso instante?

—Tenemos que dejarle al menos el tiempo de que recoja sus cosas.

Ella me mira a los ojos. No encuentro en ellos el rencor que esperaba, sino una especie de compresión.

—Llevamos juntos mucho tiempo. Desde niños.

—Así debe ser.

—En todos estos años —prosigue, sin apartar las pupilas—, jamás he visto que me miraras como lo has hecho con él.

Me siento confuso. Ni se me había ocurrido que eso pudiera estar pasando.

—No sé qué decir —alego—, pero no puedes dudar de que te quiero.

Ella agita una mano, para darme a entender que no la estoy comprendiendo.

—Me explico, en todos estos años jamás te he visto mirar a nadie de la manera en que te

brillaban los ojos cuando lo cruzabas con el forastero.

Ahora sí. En este preciso instante me doy cuenta de que lo que siento por Ricky es visible desde fuera y alcanzo a dimensionar el tamaño de mis sentimientos por él.

Eso me aturde de tal manera que intento cambiar de conversación.

—Nos ha prometido que se irá.

—Jacob —se detiene, y yo lo hago a su lado—, estás cometiendo un error.

No consigo comprenderla. Ella me toma una mano entre las suyas.

—¿De qué hablas?

—Si Dios está dentro de ti, como dice nuestro pastor, y tú has sentido por primera vez un amor tan grande, debes regresar al bosque y marcharte con él.

La miro perplejo. ¿De verdad me está diciendo eso? ¿Ella? ¿La mujer a la que he traicionado?

—Eso es una locura —atino a murmurar.

—Lo es —conviene—, porque lo perderás todo aquí. Es posible que tus padres no vuelvan a mírate y tus amigos te repudiarán. Pero yo, de ser tú— no me quedaría con esa duda.

Mi perplejidad debe ser inmensa, porque lo leo en sus ojos. La señalo con la barbilla.

—¿Y tú?

Ella se encoje de hombros.

—Por ahora estoy bien aquí. Cuando deje de estarlo, me marcharé.

Algo nuevo empieza a anidar en mi pecho, es pequeño y luminoso, pero muy agradable.

—¿Por qué nunca hemos hablado de esto? —le pregunto.

Vuelve a hacerlo, lo de encogerse de hombros.

—Porque hacía falta un cataclismo para que nos atreviéramos.

Miro alrededor. Nuestros vecinos ya se alejan a paso firme, sobrio y decidido, como todo en sus vidas. El bosque se abre ante mí, lleno de matices y colores. La miro de nuevo.

—No sé qué debo hacer.

—¿Y qué sientes?

—Que quiero estar al lado de Ricky.

Judith me sonríe-

—Entonces corre, que no te pare el viento.

Le he dado un beso en los labios, y con los ojos brillantes he corrido a través del bosque, sin mirar atrás, como si escapara de una cárcel y aquella dirección fuera el camino de la libertad.

Por el camino me han asaltado los fantasmas. ¿Y si lo que hay entre él y yo son solo imaginaciones mías? ¿Y si solo quiere de mí un rato de sexo?

Cuando he llegado hasta la caravana lo he visto en el río, con el agua hasta la cintura, desnudo y pensativo.

He bajado la ladera y me he quedado en la orilla, observándolo, explorando el latido de mi corazón al tenerlo cerca para comprender que es verdadero lo que siento.

Cuando al fin me ha percibido, cuando ha girado la cabeza y se ha encontrado con mis ojos, los suyos han brillado acompasando una sonrisa de sus labios que parece tan luminosa como la luz del sol.

Y no te tenido dudas.

He sabido que esto es lo correcto.

Me he quitado las ropas a manotazos y he entrado en el agua, y cuando al fin he avanzado y he rozado su piel con la yema de mis dedos, he sabido que no me importa el futuro, porque mi presente no puede ser otro que este.

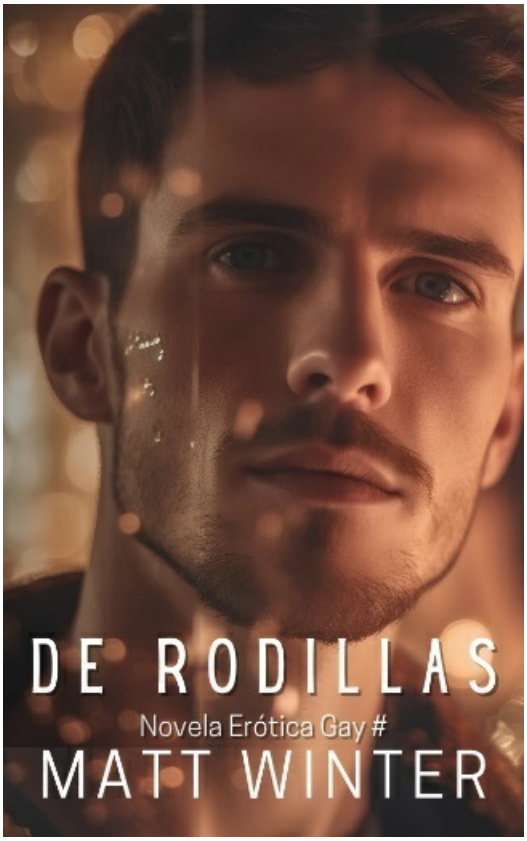
Gracias por leer esta novela.
Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.



OTRAS NOVELAS DE LA SERIE

«GAY PRIMERA VEZ»



De rodillas: Novela Homoerótica Gay (Confesionarios y sacerdotes) Salida del armario
(Gay Primera Vez nº 2)

A **Taylor** le acaban de decir que, para poder llevar al altar a la chica de sus sueños, Karen, ha de realizar un cursillo en la iglesia, a pesar de ser absolutamente ateo.

Lo que él no espera es que el sacerdote que debe impartirlo, el **padre Brown**, tenga esos impresionantes ojos color avellana, esos labios carnosos, y esa forma de hablarle que le provoca estremecimientos.

Por su parte, el padre Brown atraviesa una crisis de fe y se plantea seriamente dejar los hábitos y volver a la vida seglar. Cuando aparece en su despacho aquel chico rubio y algo tímido, todos se precipita, porque en lo único que piensa es en cómo meterlo entre sus sábanas.

Lanzamiento el 26 de enero, pero cómprala ya en preventa (no pagas nada ahora, pagas cuando se lance y llegue a tu dispositivo) y te ahorras un 33%.

SIGUE EL CÓDIGO QR



Náufrago: Novela Erótica Gay

Náufragos *Enemies to lovers*
(Gay Primera Vez nº 3)

Tom y **Adam** se llevan mal, muy mal. Son dos brokers rivales y machirulos de una de las empresas de inversión más prestigiosas de la Gran Manzana, y siempre se han tenido ojeriza.

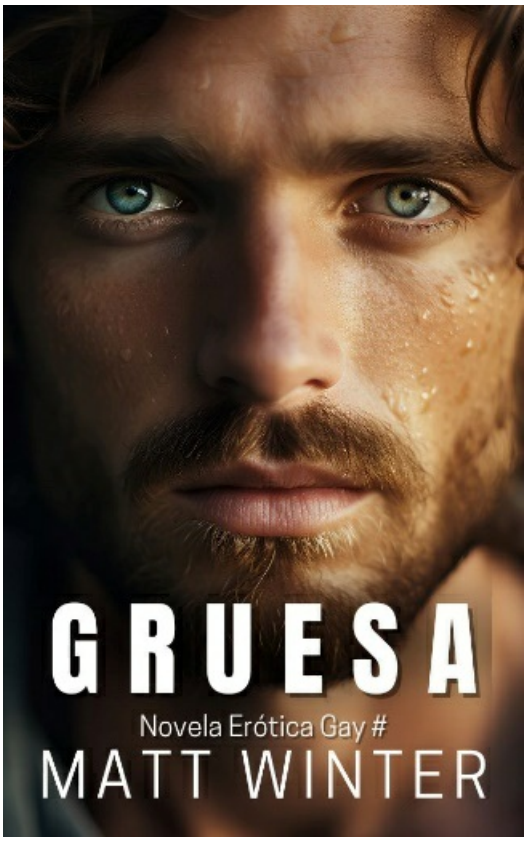
Cuando el catamarán de recreo en el que viajaban encalla en una isla desierta, no tienen más remedio que unir fuerzas para sobrevivir hasta que alguien descubra que han desaparecido, dé la voz de alarma y consigan encontrarlos.

Lo que no esperan ninguno de los dos es que no basta con satisfacer la sed y el hambre, ya que hay otras necesidades fisiológicas aún más intensas que dos tipos tan activos como ellos necesitan cubrir, y solo tienen a mano… a su compañero de desventura.

Lanzamiento el 21 de marzo, pero cómprala ya en preventa (no pagas nada ahora, pagas cuando se lance y llegue a tu dispositivo) y te ahorras un 33%.

SIGUE EL CÓDIGO QR





Gruesa: Novela Homoerótica Oriente Medio / Maduros

(Gay Primera Vez nº 4)

James tiene que viajar aAbudabí para cerrar un importante trato de su empresa. No habla árabe, así que necesita contratar a un intérprete.

Abdul no solo es un buen traductor, sino que es un hombre atractivo y con unos ojos de vértigo.

Lo que empieza siendo un mero viaje de trabajo, termina convertido en una aventura llena de peligrosa pasión, donde nuestro protagonista descubre que era cierto aquello de que el diámetro importa.

Lanzamiento el 18 de abril, pero cómprala ya en preventa (no pagas nada ahora, pagas cuando se lance y llegue a tu dispositivo) y te ahorras un 33%.

SIGUE EL CÓDIGO QR

